



Pietro Gori

PRIMERO DE MAYO · SIN PATRIA

El 14 de agosto de 1865 nace en Messina (Sicilia, Italia) el abogado y propagandista anarquista Pietro Gori. De padres toscanos, en 1878 la familia se trasladó a Livorno, donde, de muy jovencito, se une a una asociación monárquica de la que es expulsado por "conducta indigna".

En 1886 se inscribe en la Universidad de Pisa y pronto toma contacto con el movimiento anarquista pisano, del que llegará a ser una de las figuras más influyentes.

En este e-book, recuperamos dos de sus obras de teatro.

Disfrútenlas.

Pietro Gori

PRIMERO DE MAYO

•

SIN PATRIA

Escenas sociales de la realidad

Primero de mayo. Obra en un acto

Sin Patria. Obra en dos actos y un intermedio

Traducción de I. y F.

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRIMERO DE MAYO

A los compañeros italianos de América del Norte

Personajes

Situación

Prólogo

Himno del Primero de Mayo

Acto Único

SIN PATRIA

Personajes

Acto Primero

Intermedio

Acto Segundo

Acerca del autor



Pietro Gori

PRIMERO DE MAYO

Boceto dramático en un acto

A LOS COMPAÑEROS ITALIANOS DE LA AMÉRICA DEL NORTE

Este boceto, escrito para engañar los ratos de soledad durante una de las múltiples prisiones preventivas que he sufrido, al aproximarse el mes seductor del ánimo y de las cosas, quedó más tarde olvidado entre el montón de papeles, fruto de las horas perdidas.

Traído conmigo, no sé cómo, en América, los compañeros filodramáticos de Paterson, lo sacaron de su encierro y al delito de ser autor quisieron que añadiera el de actor. Desde entonces, de Boston a Barre, de Barre a Chicago, y así continuando hasta San Francisco de California y viceversa por los Estados Unidos del Sud –como si simbolizara mi peregrinación de propaganda por América del Norte– los compañeros de las diversas localidades quisieron ver en escena al extranjero misterioso que viaja siempre caminando hacia la parte donde el sol se levanta.

La simpática acogida que acompañó a este trabajo en todas estas improvisadas representaciones y especialmente

la calurosa que se le hizo en New York, cuando lo representó Jacobo Paolini, no bastan, ciertamente, a justificarlo a mis ojos como síntesis de la gigantesca Idea que lo inspiró.

No obstante, por poquísimo que valga, actualmente me es querido. Querido de recuerdos y amistades, contra los cuales nada podrá la violencia del tiempo y de los imprevistos sucesos. Y hoy que se me pide para publicarlo, quiero dedicarlo a vosotros que conmigo os complacisteis en representarlo durante este mi viaje norteamericano de 1895–96; a vosotros todos, que con fraternal amor, entrevistéis, a través de la pobre forma que lo viste, el alma y la esencia de mi pequeño drama.

Y si al leerlo impreso revivís las dulces y felices horas de aquellas inolvidables noches pasadas en vuestra compañía, y que a menudo acudirán a mi memoria, no creeré ya tiempo perdido el empleado en escribir este boceto de la Esperanza, allá lejos, en la triste Celular de Milán.

Siempre vuestro.

Pietro Gori.

Kansas City, marzo, 1896.

PERSONAJES

Una señora vieja

Un joven, su hijo

Un campesino viejo

Una campesina joven

El extranjero

Un obrero

Un marinero

Coro interno

SITUACIÓN

La acción se desarrolla en un campo de la Alta Italia, cerca del mar. Época: estos últimos años de siglo moribundo y de agónica civilización.

La escena, tanto en el prólogo como en el drama, representa la pendiente de una colina llena de verdor.

Una balaustrada, tras la cual se ven los campos en flor, y el mar cierra la escena en el fondo. En medio de la balaustrada un cancel practicable. Delante, a la derecha, una casita rústica; frente a ésta, a derecha de la escena, la casa señorial, vetusta y severa. Las puertas de ambas abiertas.

El sol inunda el campo con torrentes de luz. El ambiente es de paz y alegría. Al levantarse el telón se oye a lo lejos el sonido de las campanas que saludan el primer día de mayo.

PRÓLOGO

(El actor que debe declamarlo se adelanta apenas se alza el telón y mientras se apagan las últimas vibraciones de las campanas, que a lo lejos tocan a fiesta).

Este cuadro o boceto de ocasión simboliza una transformación:
La joven campesina de alma ardiente, pura, gentil, magnánima y valiente, que despreciando la fatal rutina otro mundo más justo se imagina y sigue al extranjero misterioso en pos de amor sublime y no engañoso, es la idea que lucha y que redime a todo aquel que entre cadenas gime; y el extranjero el hado que nos guía a un porvenir de paz y de armonía.

Y es el joven enfermo el que comprende
Y ama y sueña y a lo justo tiende,

pero débil de cuerpo, ya cansado
no acierta a desprenderse del pasado;
gran corazón que a la verdad se adhiere
pero que al fin encadenado muere.

El viejo campesino, simboliza,
la ignorancia, que forja y eterniza
las cadenas que adora y que respeta
y a las cuales el mismo se sujeta.

Es el privilegio la vieja dama
que a nuestra sociedad justa le llama,
porque encuentra corriente y natural
que unos vivan muy bien y otros muy mal.

*(Señalando alternativamente la casa rústica y la
señorial)*

Este es el tugurio miserable.
Aquel es el palacio comfortable.
Aquí el obrero hambriento que padece,
que todo lo construye y lo carece.

Allí los que a la holganza se reducen
y se lo llevan todo y no producen...

Este es el argumento del Poema
síntesis general del Gran Problema...

mas estas frases, senda ya trazole:
*Laggiú, verso la parte donde si leva il sole.*¹

Caminando orgullosa hacia el Oriente,
majestuosa, altiva, omnipotente,
la Idea toda paz, luz y armonía,
a los creyentes y animosos guía
al mundo prometido y deseado
y allá en el porvenir ya vislumbrado.

(Señalando el mar y el campo)

Allá en los verdes prados sonrientes,
en los frescos jardines florecientes;
sobre las casas blancas que al mar miran
y a cuyos pies las olas que suspiran
se estrellan dulcemente,
hoy día primero de mayo
venturoso del obrero,
sonríe sin cesar la primavera
y ondear se ve al viento una bandera...

Esa alfombra de mágica hermosura
salpicada de flores y verdura,

¹ Allá, hacia la parte donde se eleva el sol.

esos campos que activos productores
cultivaron a fuerza de sudores,
y esa enseña que besa el manso viento
con blando y apacible movimiento:
Son los frutos, ¡Oh pueblo! Producidos
por tus huestes inmensas de oprimidos;
y el estandarte del trabajo honroso
que da al aire sus pliegues orgullosos.

Salud, ¡oh, primavera!, a tu hermosura
¡Salve a tu juventud y galanura!

Salvando las fronteras y los mares
llegan acá suspiros a millares
y a través de fronteras y océanos
surge el rebelde grito en los humanos.

¡Grito sublime de furor profundo
que un día habrá de redimir al mundo!

(Coro interno, en los lejanos campos)

¡Mayo!... ¡Mayo!...

¿Oís?... ¿Oís los acordados sonos
que lanzan hasta el cielo las naciones?
¿Oís del himno el armonioso canto?
Con ese himno de tan dulce encanto

marcha del hombre la altanera prole
Laggiú, verso la parte donde si leva il sole!

(Mientras el actor se retira, las voces lejanas entonan el Himno del Primero de Mayo. Durante todo el coro, Ida, que sale de la casa rústica, después de haber sembrado de flores el umbral de la casa señorial, mira ansiosamente los campos)

HIMNO DEL PRIMERO DE MAYO

(Música del coro de "Nabucco" del maestro Verdi)

Ven, ¡oh mayo!, te esperan las gentes,
te saludan los trabajadores;
dulce Pascua de los productores
ven y brille tu espléndido sol.

*En los prados que el fruto sazonan
hoy retumban del himno los sonos
ensanchando así los corazones
de los parias e ilotas de ayer.*

*Desertad, oh falanges de esclavos,
de los sucios talleres y minas;*

*los del campo, los de las marinas,
tregua, tregua al eterno sudor.*

*Levantemos las manos callosas,
elevemos altivas las frentes,
y luchemos, luchemos valientes,
contra el fiero y cruel opresor.*

*De tiranos, del ocio y del oro
procuremos redimir al mundo,
y al unir nuestro esfuerzo fecundo
lograremos al cabo vencer.*

*Juventud, ideales, dolores,
primavera de atractivo arcano,
verde mayo del género humano,
dad al alma energía y valor.*

*Alentad al rebelde vencido
cuya vista se fija en la aurora,
y al valiente que lucha y labora
para el bello y feliz porvenir.*

(Con los últimos sonos del Canto de Mayo, Ida, tras haber mirado nuevamente hacia los campos, hace un gesto de júbilo y entra en la casa rústica)

ACTO ÚNICO

ESCENA I

La señora vieja y el joven, entran por el fondo tiernamente abrazados.

JOVEN.— Madre mía, hoy estoy triste...

VIEJA.— Acaso estos cantos plebeyos...

JOVEN.— ¡Oh no, madre!... Siento el vacío en el alma...

VIEJA.— Y sin embargo, hubo un tiempo, ¿recuerdas?... en que el cariño de tu madre te colmaba de gozo...

JOVEN.— (*Tocándose la cabeza*) Creo que estoy enfermo...

VIEJA.— *(Abrazándolo con efusión)* ¡Ah! No lo digas, no repitas esto...

JOVEN.— *(Sacudiendo tristemente la cabeza)* Todos estamos enfermos... enfermos del corazón...

VIEJA.— Son estos tiempos malditos que os envenenan la sangre...

JOVEN.— No maldigas los tiempos. Todo es fatal en el mundo; la vida y la muerte, el mal y el bien...

VIEJA.— *(Con dolor)* Pero dime, dime... ¿Qué se hizo aquella felicidad que se reflejaba antes en tu rostro?

JOVEN.— *(Señalando el corazón)* Siento el vacío... aquí...

VIEJA.— ¿Qué te falta para ser feliz?... eres rico...

JOVEN.— *(Con amargura)* Sí, pero tengo la miseria en el alma...

VIEJA.— *(Señalando la casa paterna)* Y esta casa tuya, esta casa que un día resonó tus infantiles juegos... Y aquellos campos, estas colinas, estos viñedos que tuyos son...

JOVEN.— *(Con ironía)* ¡Míos!... ¡Míos!... ¿Por qué?

VIEJA.— Son la herencia de tu padre...

JOVEN.— ¡Acaso producen por sí solos!...

VIEJA.— ¿Pero qué dices?... Aquí están los campesinos para trabajarlos...

JOVEN.— Entonces estos campos no son míos.

VIEJA.— ¡Hijo mío!... temo de veras que estés enfermo.

JOVEN.— Estoy en mi cabal juicio... *(Conduciendo a su madre hacia la verja)* Mira mamá... estos surcos en los cuales el grano germina; estas colinas cuyos alineados viñedos se cubren de verde; estos prados tan maravillosamente cultivados... ¿Quién ha hecho todo esto?

VIEJA.— Pero si no hay necesidad de decirlo... los campesinos...

JOVEN.— Y nosotros, ¿qué hemos hecho, pues?

VIEJA.— Nada, naturalmente... ¡somos los dueños!

JOVEN.— *(Con voz trémula)* Nosotros somos... me da vergüenza decirlo; somos... *(Pronuncia una palabra al oído de su madre)*

VIEJA.— *(Levantando las manos al cielo en actitud de dolorosa sorpresa)* ¡Oh dios mío!... está enfermo... está enfermo de veras...

JOVEN.— ¡Ah madre!... el vacío está aquí *(Señalando al corazón)*.

VIEJA.— Ven hijo mío... Vamos a tu casa natal... el espíritu encontrará la paz entre los recuerdos de la infancia... *(Lentamente conduce al hijo hacia la casa)*.

JOVEN.— *(Una vez en el dintel, observa el ramo de flores que depositó Ida y se detiene sonriendo)* He aquí el saludo de mayo... ¡Qué delicadeza de sentimientos!... ¿Fuiste tú?...

VIEJA.— *(Bajando confundida la cabeza)* No... lo confieso...

JOVEN.— *(Tomando el ramo y dirigiendo una mirada amorosa a la casa rústica)* Esto no puede ser más que el saludo de la primavera... el pensamiento de la juventud...

VIEJA.— (Atrayéndolo con dulce violencia hacia la casa paterna) Ven... Ven conmigo (*Entran*).

ESCENA II

Ida la campesina, sola; luego el extranjero.

(Ida, apenas los dos han entrado, sale de su casa, corre hacia el dintel de la casa patronal y manda un beso, con un gracioso movimiento de la mano, hacia el interior.)

EXTRANJERO.— (*Asomando al cancel*) Muchacha, dame un sorbo de agua... por favor.

IDA.— Con mucho gusto (*Corre hacia su casa y vuelve con un jarro que da al Extranjero*) Toma...

EXTRANJERO.— (*Después de haber bebido*) Gracias, muchacha...

IDA.— (*Con infantil curiosidad*) ¿Quién eres?...

EXTRANJERO.— Un extranjero... un peregrino que va lejos... muy lejos.

IDA.— *(Abriendo el cancel)* ¿Quieres descansar? Entra.

EXTRANJERO.— *(Entrando)* ¡Me detendré unos instantes... ya que eres tan amable!... *(Arroja al suelo el saco que lleva a sus espaldas y se tiende encima)*

IDA.— ¿Estás cansado?

EXTRANJERO.— Mucho...

IDA.— ¿Es largo tu viaje?

EXTRANJERO.— Debo andar... andar hacia allá, hacia levante... He cruzado montes y colinas; he atravesado ríos y mares. Los abrojos del bosque me han destrozado los vestidos y la carne; el calor del verano quemó mi sangre, las lluvias invernales han marchitado mi rostro... pero yo he caminado... sin miedo... hacia la parte donde se eleva el sol.

IDA.— ¿Y cuándo llegarás a tu país?

EXTRANJERO.— Debo cruzar aún otros montes y otros valles, atravesar otros ríos y más mares... el verano sucederá

al invierno, los cálidos vientos a las heladas lluvias... y yo andaré aún, frente a mis ojos, sin miedo... hacia la parte donde se eleva el sol...

IDA.— ¡Qué extraña peregrinación! (*Pensativa*) Y dime: ¿es bello tu país?...

EXTRANJERO.— (*Entornando los ojos como absorbido por el esplendor de un interno sueño*) ¡Oh, sí!; ¡bello... infinitamente bello!

IDA.— (*Como atraída por la sugestión de aquel sueño*) ¡Oh, cuéntame las bellezas de tu país!... (*Sentándose a su lado*)

EXTRANJERO.— (*Como transportado por la evocación de los recuerdos*) Es allí... el país feliz hacia la parte donde se eleva el sol... La tierra es de todos... como el aire, como la luz... Los hombres son hermanos... El ocio no existe, no anida el odio... la única ley, la libertad... el único vínculo, el amor... Para todos el bienestar... para todos la ciencia. La mujer no es esclava, sino la compañera, confortadora del hombre. La miseria es desconocida... la igualdad garantizada por la armonía de los derechos... No hay parásitos, ni ejércitos... no más guerras... las madres felices... los viejos son los maestros de la infancia... se educa a los niños en el amor al trabajo, a amar a sus semejantes... La juventud bendecida es la pacífica vanguardia del porvenir... Caminamos... caminamos. Está

allí, el país venturoso... allí, hacia la parte donde se eleva el sol.

IDA.— *(Con entusiasmo)* ¡Oh, mi sueño!... ¡Este es mi sueño!

EXTRANJERO.— *(Mirando a Ida sorprendido)* ¡Cómo! ¿Tú soñaste mi país?... *(Levantándose)*

IDA.— *(Suspirando)* ¡Qué lástima que tan sólo sea un sueño!

EXTRANJERO.— Pero no, muchacha, es realidad... sólo se trata de llegar...

IDA.— ¡Ah! Con qué placer te seguiría, extranjero...

EXTRANJERO.— ¿Tienes novio?

IDA.— *(Suspirando)* ¡Ah! Éste es otro sueño...

EXTRANJERO.— Di... ¿lo tienes?

IDA.— *(Bajando la cabeza)* Sí...

EXTRANJERO.— ¿Y el amor no te basta?

IDA.— *(Alzando la frente con orgullo)* No...

EXTRANJERO.— ¿Qué más quieres aún?

IDA.— *(Con entusiasmo)* La libertad...

EXTRANJERO.— *(Con aire misterioso)* Entonces... si él no quiere ponerse en camino... ven conmigo...

IDA.— *(Con convicción)* ¡Oh, vendrá!... vendrá él también.

ESCENA III

El obrero, el extranjero, Ida.

OBRERO.— *(Con la chaqueta al hombro acercándose al cancel)* Buenos días, muchacha...

IDA.— *(Con sorpresa)* ¡Cómo!... ¿vas al trabajo... el día primero de mayo?...

OBRERO.— ¡Ya lo creo!... El principal nos ha amenazado con despedir al que hoy no se presente a trabajar...

EXTRANJERO.— *(Con curiosidad)* ¿Quién es el principal?

OBRERO.— Toma... el amo.

EXTRANJERO.— *(Con sorpresa)* A no engañarme, tú eres un hombre...

OBRERO.— *(Entrando sonriente)* Un hombre de carne y hueso... *(Entretanto, Ida se aleja hacia el fondo, mirando al campo)*

EXTRANJERO.— ¿Y un hombre puede tener un amo?...

OBRERO.— Sí; cuando es pobre.

EXTRANJERO.— *(Con creciente asombro)* ¿Y qué has hecho para merecer ser pobre?

OBRERO.— He trabajado desde la mañana a la noche, sin tregua ni descanso...

EXTRANJERO.— Y tu amo, ¿qué hizo para que mereciera ser rico?...

OBRERO.— Pues, se ha cansado... consumiendo lo que yo y mis compañeros hemos producido.

EXTRANJERO.— *(Asombradísimo)* ¿Y por qué esta ley?

OBRERO.— Porque el amo dice que el capital y las máquinas son suyas...

EXTRANJERO.— *(Acercándose afectuosamente al obrero)*
Trabajador, ¿quieres un consejo?

OBRERO.— Escucho.

EXTRANJERO.— Haz que el amo comprenda, un solo día, que el trabajo, solamente el trabajo, es el creador de todo...

OBRERO.— *(Precipitadamente)* ¿Qué debo hacer?

EXTRANJERO.— A estas máquinas que dan la riqueza al amo, y a vosotros obreros la miseria, diles: "Basta por hoy"... y ven conmigo...

OBRERO.— *(Sonriendo)* Comprendo... Así el mundo pensará que las máquinas no producen por sí solas...

EXTRANJERO.— Y sacarás por conclusión que todo es obra de los trabajadores.

IDA.— (Reaparece en el fondo de la escena llamando en alta voz con dirección al campo) Eh... marinero, ¿dónde vas?

MARINERO.— *(La voz del marinero lejano)* Voy al trabajo...

IDA.— *(Siempre en alta voz)* No vayas, escúchame...

MARINERO.— *(La voz más cerca)* Voy en seguida, bella muchacha.

IDA.— No importa... Quería solo decirte que hoy desertarás del trabajo.

MARINERO.— *(La voz más cercana aún)* ¿Por qué?

IDA.— ¿Pero no sabes que hoy es el Primero de Mayo?

ESCENA IV

El marinero y dichos.

MARINERO.— *(Entra en escena, detrás del cancel, con traje de trabajo)* Heme aquí... ¿Qué decías?

IDA.— ¿Nos has oído hace poco el canto en el campo?

MARINERO.— Sí; el canto de mayo...

IDA.— ¿Por qué vas, pues, al trabajo?

MARINERO.— Porque el armador quiere que zarpemos hoy, a todo trance...

IDA.— Pues espero que no irás...

MARINERO.— ¡Si fuese el amo!...

IDA.— Es verdad... tú eres el esclavo... ¿y por qué besas tus cadenas?

MARINERO.— (*Pensativo*) ¿Qué dices?

IDA.— (*Con inspirado acento*) Escúchame, extranjero; y vosotros, obrero, marinero, escuchadme... Mi lenguaje os parecerá extraño en boca de una mujer. No puedo explicarme de dónde proceda esta voz que hoy habla por mi boca. Una canción misteriosa flota desde esta mañana en el ambiente... ¿Son, acaso, los dispersos suspiros de todos los muertos de hambre?... ¿De los mineros sepultos en los pozos oscuros? ¿De los obreros destrozados por las máquinas, o de los niños y de los viejos que el frío mató?... ¿Acaso son de los soldados que el cuartel o el campo de batalla engullen?... ¿Acaso este canto misterioso es el saludo de los trabajadores enviado de un extremo a otro del mundo?... ¿Es la sonrisa de la esperanza que renace con las flores de mayo, o el rumor de las armas dirigidas contra esta resurrección del hombre?... Yo no sé, no acierto a explicármelo... pero sí puedo deciros que, de la gran familia de los trabajadores, el que hoy falte al pacto de fraternidad es un cobarde...

EXTRANJERO.— (*Estrechando con efusión la mano de Ida*) Joven, tú eres digna del país hacia el cual me encamino.

IDA.— El país de mis sueños.

EXTRANJERO.— (*Solemnemente*) El país está allí... hacia la parte donde se eleva el sol.

MARINERO.— *(Con resolución)* Puede el armador amenazar cuanto quiera; el buque no zarpa hoy. Los compañeros me escucharán.

OBRERO.— El taller hoy permanecerá cerrado, sabré... persuadir a mis hermanos.

IDA.— De este modo los amos no osarán decir que dejáis el trabajo por amor al ocio.

MARINERO.— ¿Acaso puede decirlo el armador que sólo ha visto sus naves en el puerto?

OBRERO.— ¿Y el industrial que contempla sus máquinas con las manos metidas en los bolsillos?

IDA.— ¿O el propietario de los campos que sólo asoma cuando hay que embolsar el producto del sudor de los demás?

EXTRANJERO.— ¡Pobres condenados a la eterna fatiga y a la miseria eterna! ¿Por qué no venís a mi país... al plácido país de la igualdad y de la libertad?

OBRERO.— Pero yo sólo poseo mis brazos...

EXTRANJERO.— ¿Acaso no son una riqueza allí donde el trabajo tenga derecho a la vida?

MARINERO.— Dime extranjero: ¿se me aceptará de buen grado?

EXTRANJERO.— Allí cada ciudadano del mundo encuentra su patria, cada trabajador su natural y grandiosa familia...

OBRERO.— *(Resueltamente)* Pues bien, ven conmigo al taller a recordar a mis compañeros el deber de solidaridad, y luego vengo contigo...

MARINERO.— Dejádme llevar a mis compañeros del mar las palabras que nos enseñó esta muchacha y yo también iré con vosotros...

EXTRANJERO.— *(Contemplando a Ida con pasión)* Y tú, bella y valerosa joven, ¿vendrás?

IDA.— *(Dándole la mano en señal de solemne promesa)* Antes de partir, pasa de nuevo por aquí... Habré yo hablado con él... lo persuadiré...

EXTRANJERO.— *(Mirándola fijamente)* Tengo tu palabra...

IDA.— (Con firmeza) Vendré...

(Salen todos menos Ida)

ESCENA V

El joven e Ida

JOVEN.— *(Saliendo de su casa con tembloroso paso)* Tengo miedo... tengo miedo en mi casa... *(Ve a Ida y en su semblante irradia el gozo)* ¡Ah!, ¿eres tú? *(Abrazando con efusión a la joven que se abandona en sus brazos)* ¿Eran tuyas aquellas flores?... ¿Lo he adivinado?

IDA.— *(Con alegría)* Lo adivinaste... Dime, ¿por qué tardaste tanto?

JOVEN.— Pero mi corazón no te había olvidado.

IDA.— *(Acariciándolo)* ¡Qué pálido estás... y que triste!

JOVEN.— *(Con temblorosa voz)* Es que tengo miedo... Ida, tengo miedo. Estoy enfermo y mi casa hace descender el frío a mi alma...

IDA.— *(Sorprendida)* ¿La casa de tus padres?

JOVEN.— ¡Cuán tétrica es!... Hace renacer todos mis infantiles miedos...

IDA.— Cálmate... estás a mi lado... ¿no me ves?

JOVEN.— *(Respirando con voluptuosidad)* ¡Oh! aquí sí, aquí si que se respira... A tu lado siento el suave calor primaveral, pero en aquella casa no... no quiero entrar. *(Estrechándose a Ida)*

IDA.— Pero allí está tu madre que te adora y te espera...

JOVEN.— *(Con tristeza y terror)* ¡Mi madre!... Sí, es verdad; pobre mujer... ¡me quiere tanto!

IDA.— Tú no eres feliz, confíésalo...

JOVEN.— ¿Yo feliz?... *(Con amarga sonrisa)*

IDA.— Y sin embargo, eres joven... bello, rico...

JOVEN.— Pero yo no vivo... me aburro... la pobreza de los demás me entristece... mis riquezas me avergüenzan... Además, mírame bien... ¿no ves que estoy enfermo?

IDA.— Pero no; tú eres fuerte y vigoroso...

JOVEN.— (*Moviendo tristemente la cabeza*) Te engañas. Mi mal está aquí... y aquí... (*Señalando la cabeza y el corazón*)

IDA.— (*Con ternura*) Mi amor te curará.

JOVEN.— Y si no me cura, no hay salvación para mí... (*Bajando la voz y con terror misterioso*) Oye, querida mía; a ti puedo confesarlo. Esta enfermedad es la herencia de las culpas de mis padres... éstos gozaron demasiado, como los tuyos mucho sufrieron. (*Con voz lúgubre*) Me transmitieron la sangre envenenada...

IDA.— (*Sacudiéndole dulcemente*) Tú deliras... torna a la realidad de la vida que es para nosotros amor y gozo... Escucha y oirás los cantos de augurio primaveral... las voces del mayo obrero... las arcanas voces que anuncian una nueva juventud del mundo a los hombres de buena voluntad...

JOVEN.— (*Con éxtasis al oír estas palabras*) ¡Oh! habla... habla... siento que el bálsamo desciende a mis heridas, aquí... (*Señalándose al corazón*) Comprendo que se llena el vacío...

IDA.— ¿No sabes?... hoy las abejas humanas reposan... ¡pobres abejas industriosas!... ¡se fatigan tanto durante el año!... Tienen derecho a esta pascua de las flores y de la esperanza...

JOVEN.— (*Absorto*) Sí, es verdad, ¡tienen derecho a este descanso!...

IDA.— Además... debo decirte una cosa, extraña e interesante... (*Vacilando*)

JOVEN.— Por qué te detienes... Habla, pues...

IDA.— Hoy pasó por aquí un extranjero... un extranjero misterioso que camina... hacia la parte donde se eleva el sol...

JOVEN.— (*Con viveza*) ¿Donde se eleva el sol?...

IDA.— Es allí... hacia oriente, el país dichoso. La tierra es de todos, como el aire y la luz... Los hombres son hermanos... Esto y mucho más me dijo el extranjero... y este país de iguales y libres mi fantasía lo ve... lo he soñado...

JOVEN.— ¿Lo has soñado?

IDA.— *(Como arrastrada por la visión de una realidad vivida)* ¡Qué sueño más miedoso al principio!... Estaba perdida en una llanura... una llanura infinita y desierta... La tempestad rugía sobre mi cabeza... la lluvia me azotaba el rostro con violencia, el viento silbaba entre las desnudas ramas... no recuerdo cuántas veces caí, cuántas me levanté. Caminaba, desesperadamente... marchaba, siempre hacia oriente, donde sonreía una faja de azulado cielo. Al llegar al extremo de la llanura encontré aún una cuesta áspera y espinosa... al llegar a la cima miré al valle lleno de sol... y vi...

JOVEN.— *(Con ansiedad febril)* Di... ¿qué viste?

IDA.— *(Estática al evocar la belleza de su sueño)* La ciudad misteriosa... el país feliz... La tierra en la cual el trabajo es blasón de nobleza. En la que el odio y el ocio no existen... Única ley la libertad... el único vínculo el amor. Para todos el bienestar... para todos la ciencia. La mujer no es esclava, sino compañera del hombre...

JOVEN.— *(Con transporte)* Sólo a este precio merece el sueño que fuera realidad... La sangre bulle rejuvenecida en mis venas... Ida, ¿dónde está el extranjero?

IDA.— Pasaré por aquí antes de marcharse.

JOVEN.— *(Con entusiasmo)* Nos iremos con él...

IDA.— ¿Y tu madre?

JOVEN.— Se consolará.

IDA.— ¿Y la casa de tus padres?

JOVEN.— ¡Ah! Esta casa... la detesto.

IDA.— Mira que hay que andar mucho... caminar sin miedo, sin cansarse... Atravesar montañas y colinas, ríos y mares. Los abrojos de los bosques destrozarán nuestros vestidos y nuestra carne... el calor de los veranos quemará nuestra sangre, las lluvias invernales amoratarán nuestros rostros...

JOVEN.— *(Con entusiasmo)* ¡Si precisamente esto es lo que deseo... la lucha... la peregrinación misteriosa y fatal hacia el país de las gentes libres e iguales!

ESCENA VI

El campesino viejo, Ida y el joven

CAMPESINO.— *(Llamando con duro acento desde el interior de la casa)* ¡Ida!... ¡Ida!

IDA.— *(Sin moverse)* ¿Qué quieres?

CAMPESINO.— *(Refunfuñando)* Siempre estás fuera de casa

IDA.— Busco aire y luz, padre...

CAMPESINO.— *(Saliendo de casa con los instrumentos de trabajo)* ¡Qué poca consideración para con los viejos!... *(Al ver al joven señorito, cambia de tono y se vuelve humilde y obsequioso)* ¡Ah! Mil perdones, señorito, no sabía que usted estuviese aquí... *(Se quita respetuosamente el sombrero y deja los aperos a un lado)* Me alegro... me alegro.

JOVEN.— *(Obligándole a cubrirse)* Vamos, cúbrase usted... un viejo trabajador no debe humillarse ante nadie...

IDA.— He aquí una cosa que no quiere comprender nunca...

CAMPESINO.— *(Lanzándole una mirada de reproche)* Es que yo no soy tan valiente como tú...

IDA.— Padre, yo te respeto y te compadezco porque eres el pasado... pero yo, que soy joven, pertenezco al porvenir...

CAMPESINO.— ¡Eres una hija muy extraña tú! En nada te pareces a los tuyos. Ya lo sé... Todo el mundo te lo critica... Ninguna campesina de tu edad habla como tú... Nadie te entiende...

JOVEN.— Es que la inmensa mayoría no pueden comprenderla porque viven aún entre tinieblas y ella vierte palabras de luz...

CAMPESINO.— *(Sorprendido)* ¡Palabras de luz!

JOVEN.— *(Con vivacidad)* Sí; y el vulgo, plebeyo o aristócrata que sea, no sabe comprender las cosas grandes y bellas.

CAMPESINO.— *(Con humildad)* Ya que usted lo dice... me callo la boca... *(Disponiéndose a recoger las herramientas)*

JOVEN.— ¿Dónde va usted?

CAMPESINO.— Al campo... a trabajar...

JOVEN.— ¿No celebráis la fiesta del trabajo?

IDA.— Mucho se lo rogué esta mañana, pero él se ha empeñado en trabajar...

CAMPESINO.— ¿Acaso el hombre no ha nacido para trabajar?

JOVEN.— El hombre ha nacido para vivir; el trabajo sólo es una necesidad. Pero cuando muchos ociosos se benefician de sus mejores frutos, el trabajo se convierte en una maldición.

IDA.— Y precisamente para recordar esto a los ociosos del mundo los trabajadores hoy hacen fiesta.

CAMPESINO.— ¿Esto significa el Primero de Mayo?

IDA.— Significa algo más también. Quiere decir que las callosas manos de los que siempre sudan se han buscado para darse el apretón del dolor, y se han apercebido de que forman la cadena de un nuevo pacto. Significa que mayo,

después de los inviernos sin fuego ni pan, torna hoy con la bandera de la redención y con las floridas guirnaldas en las frentes bañadas de sudor. Quiere decir que los pueblos, después de tantos estragos y fratricidas guerras, quieren al fin combatir por la independencia de la humana nación. Quiere decir que todo esto es inevitable, como es inevitable que de aquí a un año vuelva otra vez mayo, la eterna juventud; como dentro de pocos meses es inevitable que de estas flores madurarán las mieses, fruto del despreciado trabajo...

JOVEN.— *(Entusiasmado y lleno de emoción)* Joven, tú eres el viviente símbolo de una Idea...

CAMPESINO.— *(Moviendo la cabeza con indiferencia)* Este lenguaje será muy bello, pero yo no alcanzo a comprenderlo. *(Tomando otra vez sus herramientas)* Amo mío... debo ir a trabajar. Si no se trabaja, no se come.

JOVEN.— Y sin embargo, yo como sin trabajar...

CAMPESINO.— Y yo trabajo sin comer... Bah, dejémonos se razones...

IDA.— ¿Pero no ves?

CAMPESINO.— Veo... veo... Pero entretanto, ¿cómo haríamos si los amos no nos hicieran trabajar?

JOVEN.— ¿Y nosotros cómo nos arreglaríamos para vivir si vosotros con vuestro sudor no nos mantuvierais?

CAMPESINO.— Pero ustedes tienen la riqueza...

IDA.— La riqueza, y todo aquello que del trabajo deriva, ¿acaso no es obra del trabajo?

CAMPESINO.— *(Melancólicamente)* No digo que no... ¡pero el mundo ha andado siempre así! ¡Qué le hemos de hacer! Es una desgracia nuestra.

JOVEN.— ¡Vuestro mal!... es que vosotros lo queréis. Ni siquiera queréis ver que sois esclavos y miserables.

CAMPESINO.— *(Inclinándose humildemente)* Si usted lo dice, señorito, no tengo nada que objetar. *(A Ida desdeñosamente)* Pero tú... ¿Qué derecho tienes para hablar mal de los amos?

IDA.— El derecho de ser libre... como tú tienes el deseo de continuar siendo esclavo.

CAMPESINO.— *(Con sorda cólera)* Veremos, veremos dentro de pocos meses. El trabajo de los arrozales te quitarán estos humos de la cabeza... Este año irás tú también.

IDA.— *(Con firmeza)* ¡Al arrozal!... ¡Yo!... ¡Jamás!...

CAMPESINO.— *(Trémulo de rabia)* Entonces tendrás que irte de casa.

IDA.— *(Resueltamente)* Me iré... tanto mejor... lo deseaba, pero al arrozal no. *(Con repugnancia)* Las he visto, a aquellas pobres mujeres, trabajando entre los corruptos miasmas... lívidas, acabadas, destrozadas... Allí... con la boca casi en contacto con la putrefacta agua. Las he visto... bajo los rayos de un sol despiadado, con sus piernas flacuchas, mordidas por las sanguijuelas de los lodazales. Yo las he visto, cuando volvían a su país, amarillas, convertidas en esqueleto, con la maldita fiebre en la sangre...

JOVEN.— *(Con terror)* ¡Oh! Cuánta monstruosidad...

IDA.— *(Persistiendo)* Ya sé que el trabajo es condición de vida. Pero aquella es una fatiga bestial... retribuida con pocos céntimos en tanto envilecimiento... ¡Desgraciada sociedad la que pisotea de tal modo a la mujer!... Prefiero rebelarme... rebelarme a ti, padre mío, que ni siquiera tienes el valor para

protestar... Me rebelo en nombre de todas estas desconocidas víctimas de la avaricia de unos pocos. No quiero, no, no quiero que mi juvenil sonrisa la apaguen los miasmas del paludismo... no quiero, no, que mi sangre virgen la chupen las sanguijuelas de los arrozales y estas otras sanguijuelas que viven en los palacios... Es allí, hacia la parte donde se eleva el sol... donde existe un país feliz...

JOVEN.— (*Fantaseando*) ¡El país de tus sueños!

IDA.— (*Radiante con la espléndida visión*) Allí detrás de la llanura difícil... ¡Cuánta paz! Lo traduce el mismo sonido de las dulces palabras... la mujer no es esclava, sino la compañera del hombre... desconocida la miseria... la igualdad garantida por la armonía de los derechos... No hay parásitos, ni ejércitos, no más guerras... las madres felices... los viejos son los maestros de la infancia... se educa a los niños en el amor al trabajo, a amar a sus semejantes... La juventud bendecida es la pacífica vanguardia del porvenir...

JOVEN.— (*Completamente sugestionado*) Es allí... allí, ¡hacia la parte donde se eleva el sol!...

IDA.— (*Impresionada*) Vuelve... lo siento... lo adivino...

JOVEN.— (*Con ansiedad*) ¿Quién?... Dime...

IDA.— Él... el extranjero misterioso...

ESCENA VII

El extranjero, el obrero, el marinero y dichos.

EXTRANJERO.— *(Se detiene en el dintel de la verja con aire majestuoso. El obrero y el marinero esperan en el fondo con sus sacos a la espalda)* ¿Y bien?

IDA.— *(Adelantándose resuelta)* Estoy pronta...

CAMPESINO.— *(Avanzando amenazador)* ¿Dónde vas?...
Dime: ¿Dónde vas?

IDA.— *(Con firmeza y serenidad)* ¿Qué te importa a ti, padre?... Te he amado, y te he servido... y te venero aún, a pesar de mi marcha... *(Besando la mano al viejo, que queda como quien ve visiones)* Pero tú no me has comprendido... no podías comprenderme... porque tú eres esto que muere...

y yo lo que nace... Tú eres la esclavitud y yo la libertad... Por esto me voy...

JOVEN.— *(Con suplicante acento)* Deja que te siga...

CAMPESINO.— *(En el colmo de la confusión)* ¡Pero estos se han vuelto locos!

IDA.— *(Al joven con solemne acento)* ¿Estás dispuesto a arrostrar los furiosos vendavales y las implacables tempestades... el sol ardiente y las heladas exterminadoras?...

JOVEN.— *(Con pasión)* Estoy dispuesto a afrontar la muerte para ser feliz...

IDA.— *(Dándole la mano)* Sé, pues, mi compañero.

JOVEN.— *(Disponiéndose a marchar)* Adiós, vieja casa de mis padres...

ESCENA ÚLTIMA

La señora vieja y dichos.

VIEJA.— *(Apareciendo en el dintel de su casa)* ¡Hijo!...
¿Dónde vas?

JOVEN.— *(Se detiene de pronto, y como sobrecogido de un temblor súbito)* Madre... ¿por qué me detienes?... Me iba al país de la felicidad. *(Pasándose la mano por los ojos)* Me había vuelto joven... animoso... y ahora la negra noche vuelve a descender a mi corazón...

VIEJA.— *(Con dolor, acercándosele)* ¿Así cambias el cariño de tu madre?

JOVEN.— *(Con creciente dolor)* ¡Madre mía! Este cariño es tirano.

VIEJA.— *(Con amargura)* Ve, pues si quieres... no quiero detenerte. Abandona la casa de tus padres, todo lo venerable que te enseñé a respetar y ante las cuales hasta el presente te arrodillaste... olvida los recuerdos que deberían ser sagrados. Rebélate a tu pasado, al amor de tu madre... Haz lo que quieras... Sigue a esta mujer y al destino que la conduce allí, hacia lo desconocido...

JOVEN.— *(Sollozando)* ¡Madre mía! Si supieras cuánto me destrozan el corazón tus palabras cuando lo encadenan... ¡Oh, Ida! Bella mía, ya no tengo fuerzas para seguirte... me tiemblan las piernas... ¿Cómo podría resistir la fatiga de esta larga marcha?...

IDA.— *(Conmovida, pero con serena firmeza)* Si no tienes fuerzas para seguirme... quédate...

JOVEN.— *(Con ansiedad)* ¿Y tú?

IDA.— Yo... *(Con dolorosa energía)* Marcharé a pesar de todo...

VIEJA.— *(A Ida con desdén)* Vete, vete... fuiste tú quien lo redujo a este estado...

CAMPESINO.— *(Con servil humildad)* Señora, yo también la rechacé, porque tuvo la osadía de rebelárseme...

IDA.— *(Con acento grave y calmo)* Os perdono por amor a esto que no comprendéis...

VIEJA.— *(Desdeñosamente)* ¡Cómo!... ¿Te atreves...?

JOVEN.— *(Vacilante y apoyándose en Ida)* No, madre... no la maltrates... Viejo, no la maldigas... Ella fue el único rayo de sol de esta pálida juventud... *(Llevándose ambas manos al corazón)* Helo aquí... Helo aquí el mal que vuelve... *(Apretándose las sienes)* Siento el vacío... aquí... *(Vacila)*

VIEJA.— *(Acercando una silla y obligándole a sentarse)* ¡Hijo mío!, perdona a tu madre sus palabras de amargo reproche...

JOVEN.— *(Con voz débil y sonriendo melancólicamente)* Lo sé... lo sé que creíste hacerme un bien... aún cuando me arrebatabas la libertad, la luz, el aire... me matabas por exceso de cariño...

VIEJA.— *(Sollozando)* ¡Hijo!... No me hagas llorar...

JOVEN.— *(Con voz entrecortada por el sollozo)* Tú no tienes la culpa de que te educaran así... Todo es fatal en el mundo: el mal y el bien... la vida y la muerte. Además, esta enfermedad es la herencia de mis padres... es un castigo

tremendo... porque mis padres gozaron mucho... como tus padres, ¡oh, Ida mía! sufrieron también mucho...

CAMPESINO.— *(Tristemente)* Y sufrimos aún.

JOVEN.— Pero vendrá el día de la reparación... vendrá... *(Extendiendo las manos como en actitud de solemne promesa)* Lo afirmo ante el florecer de este mayo que abre las rosas que ornarán mi tumba...

VIEJA.— *(Abrazando con desesperación a su hijo)* No, no morirás... tú no debes morir...

JOVEN.— *(Como galvanizado por una fuerza superior, se levanta apoyado en su madre)* Oye... ¿sabes cómo había soñado morir? Como un luchador de la vida... mirando de frente el sol... y desplegando al viento mi bandera... *(Agita los brazos con febril entusiasmo y luego se deja caer cansado, en la silla)* Y en cambio... ¡cuán negra la noche que desciende a mi vista!... ¿Dónde está el sol?... Madre... ¿Dónde está la primavera?... *(Temblando)* ¡Siento frío!

VIEJA.— *(Sollozando)* Deja que te caliente con mis besos... *(Se arrodilla ante él y cubre las manos de besos)*

JOVEN.— *(Con velada y entrecortada voz)* ¡Qué fríos son tus besos, madre mía!... *(Señalando con terror el muro de*

cerca) Cuánta oscuridad arroja aquel muro... *(Temblando)*
Madre... mamá... manda que derriben aquel muro.

VIEJA.— *(Sollozando)* Todo lo que quieras...

JOVEN.— *(Se levanta con un esfuerzo violento y da algunos pasos vacilando)* Quiero el aire... el aire... la luz... Ida... *(Como si quisiera coger algo con las manos en el vacío)* Ida... ¿Dónde estás?...

IDA.— *(Acudiendo y sosteniéndole)* Aquí... a tu lado.

JOVEN.— *(Delirando)* Quiero ir... contigo allí... al país donde todo... es amor... y luz... *(Intenta dar unos pasos y vuelve a caer desplomado en la silla)* ¡Ah, no!... La tiniebla me aferra... me encadena... *(Un instante de silencio angustioso. Ida a un lado y la vieja por otro se arrodillan cerca del moribundo)*

VOCES.— *(Voces lejanísimas repiten, muy lentamente, las últimas cuatro estrofas del canto de mayo, hasta que cae el telón)*

JOVEN.— *(Levanta la temblorosa cabeza como reanimado por el sonido del canto)* ¡El canto! ¡El canto de mayo!... *(Con esfuerzo supremo se arrodilla ayudado por las dos mujeres. El rostro del moribundo se ilumina con súbito gozo)* ¡Oh,

primavera... de la esperanza humana... el moribundo te saluda...! (*Buscando con temblorosa mano*) Ida... ve... ve allí... al país de la felicidad... Ve... te lo ruego... (*Con un último esfuerzo de energía*) ¡Lo quiero!... Por la memoria de nuestros amores... tú eres bella y animosa... otros más animosos y fuertes que yo te seguirán. Deja estos desolados países... donde todo es oscuridad... adiós (*Besa la mano de Ida y cae agonizante, en la silla*)

IDA.— (*Llorando*) Adiós... pobre amor mío... (*Se aleja sollozando*)

EXTRANJERO.— (*Grave y solemne se acerca para sostenerla*) Ven... tu destino está allí... (*Se aleja lentamente*)

JOVEN.— (*Con apagadísima voz, buscando con los ojos una imaginaria luz*) Ve... ve... Que yo oiga a lo menos el rumor de tus pasos... que te acercan a la meta... les acompañaré... con los últimos latidos... de mi corazón...

EXTRANJERO.— (*Desde el dintel de la verja se vuelve con reposado y solemne gesto a Ida, al obrero y al marinero, que se agrupan a su alrededor*) Jóvenes... en marcha... y adelante... Allí... hacia la parte donde se eleva el sol...

JOVEN.— (*Con un esfuerzo desesperado tiende los brazos ansiosamente, mientras los labios, agitándose*

convulsivamente, repiten las últimas palabras) Donde... se eleva... el sol... (Queda inmóvil con la cabeza reclinada sobre el hombro. La señora y el campesino lloran silenciosamente. Desde los campos lejanos, llegan los cantos de mayo, con cadencia dulcísima)

CAE EL TELÓN

SIN PATRIA

Obra en dos Actos y un intermedio

AÑO 1.

NÚM. 30



SIN PATRIA

ESCENAS SOCIALES

DE LA REALIDAD

En 2 Actos y un intermedio

POR

PEDRO GORI



CAPITAL
— 0.20 —
INTERIOR
— 0.25 —



PEDRO GORI

PERSONAJES

Jorge, agricultor; ex garibaldino

Juana, vieja aldeana madre de Jorge

Anita, hija de Jorge

Don Andrés, párroco de aldea

Arturo, joven obrero.

Antonio, viejo marinero.

Pepito, carretero.

La escena sucede en una aldea marítima de la Toscana

Comienzos del siglo XX

ACTO PRIMERO

Una estancia campesina, humildemente instalada. Puerta común al fondo; otra, a la izquierda, una mesa rústica, y algunos muebles y utensilios que completan la instalación. En un ángulo, cerca de la chimenea, un arcón familiar carcomido.

ESCENA I

Juana, Anita y Antonio, sentados cerca de la mesa; Jorge, de pie, apoyado en la chimenea

JORGE.— *(Volviendo la página de una carta que está leyendo)*. ¿Qué me dice, compadre Antonio?

ANTONIO.— *(Moviendo tristemente la cabeza).*
¡Sangrienta verdad, compadre Jorge!

JORGE.— sólo falta leer una página. *(Continuando la lectura):*

“Sí, padre; la América no es el país de la dicha. Todo lo contrario. Aquí también hay que trabajar como animales de carga. Es la república, ciertamente; pero también hay quien está arriba y quien está abajo, quien manda y quien obedece, quien come sin trabajar y quien trabaja sin comer... Presidentes, esbirros y empleados acaso peor que en la civil Europa. Pero, a lo mejor, se gana una vida segura. No se revienta de indigestión, pero de hambre tampoco se muere. Es cierto que de cuando en cuando los extranjeros sufrimos algunas palizas de estos señores republicanos, siempre por cuestión de intereses, que en el fondo es la quintaesencia del patriotismo, según me he dado cuenta en mis viajes. No es mi patria la que se encuentra en América: es un poco más de pan... Por lo tanto, hay que venir con la abuela y Anita. Mando los pasajes para los tres. Creo que abandonaréis sin lágrimas a esa Italia, a la que dieron todo y la que todo os ha negado: desde el pan a la libertad... La patria es un lujo para nosotros los pobres, obligados a ganar la vida sin tregua ni descanso para mantener a los parásitos de que esa tierra está llena. Ya conocéis mis ideas, que la experiencia y las persecuciones han fortalecido,

remachadas por el conocimiento que tengo de la república. El trabajador, para vencer a sus enemigos, debe sentirse ciudadano de la Tierra entera y hermano de todos los oprimidos... Basta; de estas cosas hablaremos a viva voz cuando os pueda abrazar. Partid al momento. Os espera cariñosamente vuestro

Enrique”.

ANTONIO.— *(Calurosamente)*. ¡Qué diablos! Tiene talón su hijo... Yo siempre lo he defendido, hasta cuando todos los del pueblo estaban contra él en aquel proceso por los manifiestos donde hablaba de igualdad y donde impugnaba a los ricos. ¡Bah!... yo soy un viejo veterano de la mar y de política no entiendo... Pero hay que comprender ciertas cosas cuando se tienen dos dedos de frente y un poco de corazón...

JORGE.— ¡Y decir que yo le he tapado la boca tantas veces, cuando pensaba contra los patronos! Era muy temerario Enrique; y los ricos no gastan buen genio cuando se alza la voz...

ANTONIO.— Ya, ya; los patronos son espantadizos como los caballos cuando están hartos de pasto...

JORGE.— ¿Cómo queréis, por otra parte, que el palacio no abrigue recelos de la cabaña?

ANTONIO.— (*Pensativo*). En efecto, en la cabaña están los brazos que construyeron el palacio.

JORGE.— Y ¡ay! del palacio cuando esos brazos se levanten... (*Breve momento de silencio*).

ANTONIO.— ¿Es cierto, compadre Jorge, que usted parte hoy? Lo he sabido hace un momento, en la plaza, por Pepito el carretero...

JORGE.— Sí, partimos hoy...

ANITA.— (*Interrumpiéndole vivamente*). Pero, padre... ¿Cómo va a ser posible si todavía no tenemos la ropa lista?

JUANA.— (*Asintiendo*). Seguro que es imposible... (*Dudando*). Y luego...

JORGE.— (*Con dulce reproche*). Y luego... ¿qué cosa, madre? Usted, por lo visto, es muy aficionada a esta tierra donde tanto hemos sufrido. Yo conozco, porque usted me lo ha dicho muchas veces; sus miserias de niña, de esposa y de viuda... De pequeña, pobre, abandonada, creció entre

hambre, recibiendo golpes de los vecinos, que aceptaban, por conmisericordia sus insignificantes servicios... Luego fué esposa y madre...

JUANA.— *(Habla como ante la visión de sus pasados dolores)*. Tenía yo cinco hijos... Mi marido trabajaba desde por la mañana hasta la noche—y en el invierno no teníamos ni fuego y nuestras comidas se componían de un poco de “polenta” y pan duro... Luego vino lo peor. Tu padre, a causa de un resfriado que tomo en el trabajo murió en un triste día de invierno... Antoñito y Bautista, los dos más grandecitos, navegaban como grumetes por mares lejanos... Durante todo este tiempo no hemos sabido nada de ellos y podemos tenerlos por perdidos o ahogados... ¡quién sabe dónde!... Carlos, mutilado en la campaña de Lombardía, terminó en el hospital, después de haber vivido con una miserable jubilación... Silvio, tan bueno, tan paciente, después de tantos años de palizas y de sudores en las fábricas de la ciudad, murió entre los trapos... *(Cosa de hablar, sofocada por el dolor del recuerdo. Por un instante todos quedan silenciosos y taciturnos)*.

JORGE.— *(Presa de una viva excitación)*. Madre, ¿recuerda con qué entusiasmo acudí al llamamiento de la patria, un día?... ¡Recuerda cuando me enrolé con Garibaldi y fue herido en Vulturno, creyendo siempre que expulsados los Borbones y los Croatas llegaría filialmente el día de la justicia, para todos? ¡Pobres sueños!...

ANTONIO.— Ustedes han hecho la patria y los vivos se la han comido... No es una historia nueva, después de todo... Recuerdo que en cierta ocasión, después de un naufragio en las costas de la China, me empleé en la pastelería de un europeo... ¡Ah! se hacían muy sabrosas tortas pero las tales tortas eran para los que no las confeccionaban. Para nosotros, aquella joya de pastelero guardaba pan de sémola... Y desde entonces, hasta hoy, he tenido siempre presente el proverbio... chino: “El que hace la torta no la come”.

JORGE.— Es así en todo... (*Levantando los brazos*). Estos brazos, de seguro, no han tenido un momento de descanso. De trabajador a soldado y de soldado a trabajador, he gastado, sin escatimar nada, mis fuerzas, mi sudor, mi sangre... ¿Qué he ganado con ello?... Éramos cuatro a trabajar y a consumirnos: mi pobre Inés, que murió tísica por las privaciones, Enrique y Anita, que hasta los chicos tuvieron que doblarse a la fábrica, y yo... Habíamos producido mucho para los otros y nuestra miseria era, en cambio, cada año mayor... ¡Y luego dicen que la riqueza es el producto del trabajo!

ANTONIO.— Si, del trabajo de los demás...

JORGE.— ¿Qué provecho saca uno trabajando continuamente, consumiéndose en las faenas del campo o

de la fábrica? Se diría que todavía pesa sobre nosotros la maldición de Caín... “Trabaja, trabaja, trabaja” sin tregua, sin descanso, sin pan... “Trabaja, trabaja, trabaja” sin gloria, sin esperanzas, sin amor... ¿Y después de todo este infierno?... El corredor intervendrá para vender su campito, el patrón no aceptará más su trabajo, porque tienes los brazos débiles, sin fuerza... y la patria, que a los ociosos nada les niega, gritará: “No tengo más pan para ti”.

JUANA.— Tienes razón, Jorge. Nosotros hemos nacido condenados a eterna miseria... ¿Qué le hemos de hacer: los patronos tuvieron la suerte de venir al mundo en sábanas finas y nosotros la desgracia de haber nacido sobre pajas... ¿De quién es la culpa? ¡Yo no lo sé! Lo que puedo decirte es que soy muy vieja y no podré resistir un viaje tan largo...

JORGE.— Estamos siempre cerca... y ¡qué diablos! la daremos valor...

JUANA.— Piensa un poco... ¿A qué viene gastar un pasaje tan costoso para transportar este pobre esqueleto a América?... Madre bendita, me da vueltas la cabeza al pensar que había de ser tan lejos, del otro lado del mar... ¿Qué me dice, Antonio?

ANTONIO.— (*Titubeando*). Tiene razón, pero, por otra parte, si se van los de casa... Y después, ya se ha vendido todo...

JUANA.— Sí, menos la casa...

JORGE.— Puede ser que don Andrés la compre...

JUANA.— ¿Don Andrés?

JORGE.— Si, arreglaremos hoy... En cuanto a usted, madre, crea que yo sufro al tener que alejarla, así tan vieja, de las cuatro paredes de esta casa... Pero no hay que pensar que yo pueda dejarla aquí sola, sin un apoyo...

JUANA.— A América no podré llegar...

ANTONIO.— Es un paso arriesgado... a esa edad... Pero si usted se queda ¿qué no hablarán las malas lenguas? Me parece sentir: "Eh, eh, el compadre Jorge plantó a la vieja y se fue con los jóvenes..."

JUANA.— La gente que hable lo que quiera... Por lo demás, si me voy, no dejarían por eso de hablar...

ANTONIO.— Nos queremos como perros en este pueblo...

JORGE.— Es la miseria la que nos hace malos...

ANITA.— Y tú, padre, eres odiado por muchos...

JORGE.— Lo sé... lo sé... los tiempos...

ANTONIO.— A propósito... ¿Sabe, compadre Jorge, lo que decían esta mañana en la sacristía, después de la misa cantada?...

JORGE.— Es fácil imaginarlo...

ANTONIO.— Que después de aquella pelea que tuvo con el párroco, nada le ha salido bien....

JORGE.— ¿Y esos infelices que creen en todo lo que dice el párroco, acaso no son tan infortunados como yo?...

ANTONIO.— Sufren el infierno en esta vida con la esperanza de gozar del paraíso en la otra... que yo no he visto.

JORGE.— Y mientras tanto, los patronos y sus compinches los curas, gozan del paraíso en esta tierra... que es lo más seguro...

JUANA.— ¡Qué herejías tengo que oír!...

JORGE.— ¡Déjenos al menos desahogarnos, madre!... Bastantes vejaciones, injuria, abusos y exigencias soportamos... ¿Qué uno confecciona vestidos de seda?... Pues bien, nuestros vestidos serán siempre de trapo ordinario. ¿Qué construye uno castillos, villas y palacios... para los demás?... Pues el que todo eso levanta no poseerá nunca un techo propio... Los campos los aramos, los sembramos, los convertimos de áridos en fértiles y unos cuantos ociosos privilegiados son los que devoran el mejor fruto... ¡Si esto está bien, si esto es justo, que venga Dios y lo vea!... ¡Nosotros no somos más que unas ovejas imbéciles!... No me explico por qué no nos esquilan...

JUANA.— ¡Jorge, Jorge, qué dices! Acuérdate cómo reprochabas a Enrique cuando decía esas cosas...

JORGE.— Enrique tiene razón y el que no la tenía era yo, al reprocharle más de una cosa... *(Suavizando la voz)*. En cuanto a don Andrés, le he estimado mucho. Fuimos compañeros de colegio, antes que él vistiera la sotana.... Tiene un corazón de oro, pero... es un cura...

JUANA.— Respétalo, porque es un hombre santo

JORGE.— ¿Acaso le he faltado!... Van más de treinta años que apenas nos saludamos, desde el día en que, por no haberme querido casar en la iglesia, habló desde el altar, después del Evangelio y en la misa cantada, de mí y de mi pobre Inés... No hubiera querido perdonarle, no por mí, no, sino por mi buena compañera, que tanto le molestó aquello... Pero como hoy parto y puede ser que no nos volvamos a ver más, le he mandado decir que quería hablarle...

ANTONIO.— ¿Entonces, está decidido a partir en seguida?...

JORGE.— Sí.

JUANA.— ¡Pero qué idea fija!

ANITA.— ¡Sí, que lo es!

JORGE.— Es necesario que partamos hoy de aquí. Como hemos de embarcar en Génova, pasado mañana, nos queda apenas el tiempo para llegar. Ya se ha hablado mucho de este viaje y hay que resolverse de una vez... ¡Apurarse, entonces!...

JUANA.— ¡Santa María bendita!... ¿Y cómo vamos a hacer, si todavía no tenemos arregladas nuestras cosas?

ANITA.— No hay nada preparado...

JORGE.— ¡Pobres mujeres! si creen que no me he dado cuenta que con las disculpas que se traen entre manos procuran demorar la partida... ¡Bah!... ¡bah!... el equipaje... ¡Como si fuera mucha la fatiga, de juntar cuarto trapos!... ¡Cómo si fuéramos a llenar con ellos el vapor! *(Tomando el sombrero y el bastón)*. Salgo a saludar a los viejos amigos *(A Juana y Anita)*: y que a la vuelta encuentre listo ese equipaje... *(Nervioso)*. Y apurarse, apurarse. que no quiero verme por más tiempo aquí, *(A Antonio.)* Y usted, Antonio, hágame el favor de apurar a Pepito...

ANTONIO.— ¡Al diablo!... que apuro se le ha metido hoy en el cuerpo... Yo no entiendo... Le avisaré a Pepito, compadre Jorge, por servirle... aunque yo sufra al verlos partir... ¿Quiere que salgamos juntos!... Tomaremos un vaso de vino del bueno, a su salud...

JORGE.— Salgo, compadre Antonio, pero no bebo.

ANTONIO.— Como guste, compadre Jorge. *(Salen Jorge y Antonio)*.

ESCENA II

Juana y Anita

ANITA.— *(De repente)*, Abuela...

JUANA.— ¿Qué hay?

ANITA.— Abuela mía, qué desgracia esta partida...

JUANA.— ¿Qué quieres decir?

ANITA.— *(Dolorida)*. Ah, no hay remedio, no hay excusa posible; todo está preparado... Pero yo no quiero partir... no... no... cien veces no... *(Llora)*.

JUANA.— *(Acercándose)*. ¿Qué escenas son estas? ¡No seas niña!...

ANITA.— *(Estrechando a la abuela en un abrazo)*. No he tenido valor para decírselo... pero ahora se lo quiero confesar todo...

JUANA.— ¿Qué tienes?... Me das miedo... Cuenta

ANITA.— El hijo de la Nina, la que murió hace un mes, Arturo, el que tiene que ir de soldado... ¿lo conoce?

JUANA.— Sigue....

ANITA.— Y bien... me he comprometido con él... Yo lo quiero... él me quiere... Nos queremos mucho.... Abuela, abuela... hágame casar... *(Esconde la cabeza en el seno de la abuela y llora)*.

JUANA. *(Preocupada)*. ¿Pero por qué me has dicho todas estas cosas en el momento de partir?

ANITA.— ¿Partir?... no... no... no partiré sin él...

JUANA.— No partiré... no partiré... pronto se dice. *(Reflexionando)*. Veamos... hay que buscar alguna escapatoria. *(Enojada)*. Pero antes de reprenderte... ¿por qué no decírmelo antes?

ANITA.— Sí, repréndame, abuela...

JUANA.— Sí, sí... había oído decir algo en el pueblo de este enamoramiento.... Y había visto ciertas vueltas alrededor de casa...

ANITA.— ¡Cómo!... ¿se había dado cuenta?

JUANA.— ¡Oh! pero no es un mal enamorarse cuando se es joven...

ANITA.— Yo soy joven, abuela...

JUANA.— Si, y tienes el derecho de querer a tu novio... que toda la riqueza de los pobres es el amor...

ANITA.— Entonces tengo derecho, ¿verdad, abuela?

JUANA.— No digo que no... Y Arturo es un buen muchacho...

ANITA.— Es guapo ¡Oh! sí que lo es...

JUANA.— Cuando te gusta a ti...

ANITA.— ¡Sí me gusta!... Y digo que lo quiero... que me quiere... que nos queremos mucho...

JUANA.— ¡Eh! ¡eh!... ¡Qué fuego! He entendido, he entendido... Se dice pronto: nos queremos, nos casamos... y buenas noches. Pero, entretanto, tu padre se ha encaprichado en partir hoy... y hay que ver cómo le soplamos la cosa, así, en los últimos momentos...

ANITA.— (*Con pasión*). Abuela, aconséjeme usted, usted que me compadece....

JUANA.— (*Cariñosamente*). Escucha, niña mía... Yo también tendría que dejar mi pueblo y resisto... resisto... y espero vencer... Tengo un proyecto que te diré después... Yo ya tan vieja... y como nunca me he movido de esta playa... Aquí he estado siendo chica, novia, madre, y... (*acariciando la cabeza de Anita*) abuela... Aquí he amado, y sufrido miserias, he pasado los años felices y los años malos; aquí está el techo bajo el cual he uncido, el camposanto donde quisiera reposar al lado de los queridos muertos...

ANITA.— Para mí hay más... mi Arturo, mi amor, que vale más que todo eso...

JUANA.— (*Acariciando amorosamente a Anita*). Bien sé... bien sé lo que pasa —porque yo también lo he probado— en

esta cabecita de niña enamorada... ¿Quieres tu parte de paraíso sobre la tierra?... Tienes razón... Pero ¿que vas a hacer?... Somos pobres y cuando se es pobre no se tiene ni el derecho de amar a quien se quiere y cuando se quiere... Piensa un poco: Arturo es un pobre obrero... ¿Cómo va a hacer para seguirte, si no tiene dinero para el viaje?... ¿Y tú dejarías a tu padre partir sólo?...

ANITA.— Quisiera seguir a papá... pero, ¿cómo había de abandonar mi amor?

JUANA.— (*Ocurriéndosele una idea*). ¡No! tengo una solución que podría conformar a todos...

ANITA.— (*Saltando de contento y batiendo palmas*). Diga... pronto, abuela, abuelita, (*acariciándola*) abuelita querida...

JUANA.— Sabes bien que tu hermano ha mandado los pasajes para tres personas: para tu padre, para ti... y para Arturo... (*corrigiéndose*) ¡eso no! para mi; pero como estoy yo más que vieja y el viaje es muy largo...

ANITA.— Ahora entiendo... imagino que Arturo...

JUANA.— No, no... yo no he dicho todavía nada... Mejor es pensarlo... (*Levantándose*). Quiero pedir consejo a don

Andrés, que desea hablarme antes de ver a tu padre... Voy a verlo. (*Saliendo*).

ANITA.— (*Acompañándola*). Sí, sí, vaya... Háblele a don Andrés, que sabrá aconsejarnos... Y como luego hará las paces con papá, después de tantos años de distanciamiento, nos ayudará a persuadirlo... Es lo mejor que podemos hacer.... (*confundiéndose y corrigiéndose sucesivamente*) para quedarnos.... es decir, para irnos... o mejor dicho, para unirnos... lo contrario, unirme... con nuestro... ¿qué digo?... con mi... con él, ¡siempre con él!... Yo misma no sé lo que digo... Pero usted me comprende bien...

JUANA.— Tranquilízate... no seas loca, mi hija... Yo haré todo lo que mejor pueda, más por tí que por mi... (*Sale*).

ANITA.— Abuela, ande pronto, que la espero aquí, impaciente...

ESCENA III

Anita sola, después Arturo

ANITA.— *(Al salir Juana, se abandona en el sillón, apoyando la cabeza en el respaldo).* Aquí... o en América, ¿qué importa? Con tal que esté él... Pasar el mar, el mar inmenso... que no se acaba nunca... —el Océano como lo llaman— junto a mi Arturo. Que haya borrasca... que haya calma... ricos o pobres ¡qué importa!... Se habla de la patria... ¿qué es la patria?... No lo sé... Para mi es ésta, mientras él esté aquí... y si viene con nosotros... la patria, la casa, el amor estarán allá, *(extendiendo el brazo hacia un lugar indefinido)* ¡allá, en la América lejana!... ¡lejana! *(con un profundo suspiro, susurrando)* ¿por qué no habría de venir? *(Cierra los ojos como ante una visión. La puerta del fondo se abre).*

ARTURO.— *(Aparece y al ver a Anita, se detiene un instante, luego, con voz conmovida).* ¿Partís?

ANITA.— *(Se sacude, levantándose vivamente),* ¿Eres tú?... Es la primera vez que vienes a casa así, a escondidas...

ARTURO.— *(Aparentando frialdad).* ¿Es cierto que partís?...

ANITA.— Papá lo quiere... *(Fijándose en Arturo, inquieto).* ¿Pero qué tienes?... ¿estás enojado?

ARTURO.— (*Conteniéndose*). Ah, ¿me pregunta qué tengo? ¿Y me hace la pregunta tan ingenuamente?... ¡Qué pronto olvida!... ¿No se acuerda de la noche de Ferragosto?... Han transcurrido apenas dos meses; hacia un hermoso claro de luna en la calle de los tamariscos... cerca de la playa.... La esperaba, y usted vino después de las ceremonias de la iglesia... Estaba bella como la virgen aquel día. ¿Se acuerda? (*Anita, suspirando, baja lo cabeza*). Me juró todo lo que yo quise... (*Con ironía*). Ahora es su papá quien quiere Revérsela... y usted consiente. Y usted se va. Así, tranquilamente, sin pensar que este adiós es mi muerte...

ANITA.— (*Interrumpiéndole, agitada*). ¡Quién te ha metido esas cosas en la cabeza!... ¿Los malos amigos, los envidiosos?...

ARTURO.— Todo el pueblo lo sabe, toda la gente habla de vuestra partida....

ANITA.— (*Malhumorada*). El pueblo ¿Quién se lo ha dicho? ¿Conocen esa gente mi corazón?... ¿Qué saben si yo partiré o no partiré sin ti?... Es muy estúpido ¿sabes?, este señor pueblo y muy tonta su señora gente... pero tú, ¿cómo has creído?...

ARTURO.— (*Todavía agitado*). Como que también tu padre lo ha dicho en el estanco a... Y desde tiempo atrás Enrique

os escribe, llamándoos... ¿Por qué no habérmelo dicho?... ¡Me forjaba un sueño tan hermoso de nuestro amor!... (*Con pasión*). Trabajar, si, pero sobre la tierra donde he nacido. Trabajar sin reposo, y juntar algunos ahorros... Comprar con ellos un terreno y fabricar una linda casita blanca... Casarse, tener chicos y verlos jugar en la playa, donde nosotros también hemos jugado de pequeños... Y pasar la vida cerca, muy cerca de usted, entre el trabajo y el amor... Envejecer así, ante nuestro espléndido mar azul... ¡Era tan hermoso mi sueño! (*Amargamente*). ¿Por qué me he despertado?

ANITA.— (*Vivamente*). Arturo, no digas estas cosas. No digas que se ha roto el encanto de nuestro amor... Antes escucha, escucha una súplica de tu Anita, a quien tú amas, ¿verdad? (*Se acerca a Arturo, efusivamente*). No te hagas el áspero... Quieres que te lo diga... Estás muy fúnebre, hoy... Total, ¿por qué?...

ARTURO.— Dime, dime que te quedas...

ANITA.— (*Llevándolo hacia sí con gracia*). Ven acá... junto a mi. (*Se sienta en el sillón y Arturo en una silla, cerca de ella*). No eres más que un muchacho... ¿Quieres hacer llorar a tu Anita, que no tiene la culpa de todo esto?... Hay un modo de conformarte a ti, a mí, a todos... (*Con dulzura*). ¿Me quieres mucho?...

ARTURO.— ¿Y me lo preguntas?...

ANITA.— Entonces... ¿por qué no vienes con nosotros?

ARTURO.— (*Atónito*). ¡Qué es lo que dices!... ¡Partir, yo! ¿Y cómo?

ANITA.— (*Riéndose de su asombro*). ¿No habías pensado en este remedio?... Los hombres, cuando están enamorados, pierden la cabeza, y las pobres mujeres tienen que pensar en todo... Anda allá, que la abuela arreglará esta cuestión... (*Levantándose*). ¿Estamos entendidos? Tú vienes con nosotros...

ARTURO.— (*Pensativo*). Pero... no puedo... Bien sabes que tengo que ir de soldado...

ANITA.— (*Con amargura*). Soldado... ¿Qué me importa? ¿Y a ti, qué puede importarte?

ARTURO.— Pero existe la ley... y mi deber... (*Confuso*). ¡Qué sé yo!

ANITA.— (*Con vivacidad*). ¡Ah! ¿la ley?... Disculpa, si te mueres de hambre en ésta tu patria, ¿la ley te da de comer?....

ARTURO.— No; es verdad... ¿Pero la patria no es como nuestra madre?

ANITA.— Una buena madre no sólo debe parir hijos, sino criarlos amorosamente...

ARTURO.— Y en vez de ser así, la patria tiene sus protegidos: los ricos.

ANITA.— Y sus maltratados: los pobres.

ARTURO.— No había pensado antes...

ANITA.— A propósito de sueños: tú me hablaste del tuyo... Es hermoso, no digo que no. Pero mira, papá, cuando era joven, ha soñado como tú... Se ha batido por la patria; ha trabajado toda la vida; pero con sus ahorros no ha podido comprar todavía el campito verde, la casita blanca... Y ahora que es viejo, solo tiene esta casucha ahumada que le dejó el abuelo, y cuando el párroco la haya comprado ¡adiós el último pedazo de nuestra patria! No poseeremos más ni un palmo de tierra. ¿A qué quedarse, entonces?

ARTURO.— *(Moviendo melancólicamente la cabeza)*. ¡Era verdaderamente un sueño!

ANITA.— Sobre todo esto ha hablado muchas veces Enrique, cuando estaba aquí... Pero papá no escuchaba, y yo entonces tampoco comprendía... Ahora sí que he despertado del sueño y también papá ha acabado por convencerse...

ARTURO.— También él, que cuando hablaba de la patria a nosotros los muchachos del pueblo, tenía los ojos brillantes como un enamorado.

ANITA.— Sí, también él...

ARTURO.— ¡Pobre viejo! *(Breve pausa, quedando ambos pensativos)*.

ANITA.— Ahora, anda, si quieres... Espera la conscripción... Abandona a tu Anita, que se derrite por ti... Luego... cuando vuelvas quemado por el sol, no me encontrarás más en el pueblo. Nosotros estaremos allá, del otro lado del mar... ¡Tu Anita envejecerá de aburrimiento en la espera del dolor de la lontananza!... Anda, reniega del amor obedeciendo a la ley, sirve a la patria; corre bajo las banderas como soldado... *(Llora irrefrenablemente, cogiendo entre sus brazos el cuello de Arturo)*. No... hazme el favor... ven conmigo...

ARTURO.— *(Conmovido)*. ¿Por qué no habría de venir contigo!... No sé quién te ha sugerido todas estas cosas...

¿Enrique? ¿El amor?... ¿Acaso los dos?... Has hablado de la santa verdad... ¡y qué bien hablas! (*La besa en la frente*).

ANITA.— Era el corazón que hablaba, ¿sabes?

ARTURO.— (*Acercándose a ella*). Tienes razón.... Sin pan y sin amor no hay patria... Mi patria debe ser donde estés tú... Si tú no estuvieras, esta playa me sería menos querida, este cielo me parecería menos límpido... De ahora en adelante mi ley está aquí (*señalando la parte del corazón*) y la ley me ordena seguirte... (*Con profunda tristeza*). Estoy solo en el mundo. ¡Pobre mamá!... Si aun viviese, tendría aquí un vínculo... ¡Pero esta muerta!

ANITA.— (*Murmura, conmovida*). ¡Pobre Nina!...

ARTURO.— (*Con desolación repentina*). Sólo me falta vender mis útiles de trabajo. Luego te seguiré donde quiera que vayas, cuéstemme lo que me cueste...

ANITA.— (*Batiendo palmas con alegría infantil*). ¡Al fin!... Cuánto has necesitado para decirlo todo de una vez... (*Con gracia*). Y ahora, la penitencia por haberme hecho llorar...

ARTURO.— (*Sonriendo*). ¿Y cuál es?...

ANITA.— *(Le abre los brazos y Arturo se estrecha entre ellos. Abrazados, Anita susurra dulcemente).* Partir juntos... ir lejos... muy lejos... zarandeados por las olas del Océano... Conocer otros países, otras costumbres... y sentirse uno cerca del otro... ¿Qué derecho tiene la patria a tus brazos y a tu sangre!... Tú eres mío...

ARTURO.— ¡Siempre!

ANITA.— *(Con intensa pasión).* ¡Cuánto te quiero! *(Apoya su cabeza en un hombro de Arturo).*

TELÓN

Apenas cae el telón se presenta un actor en el proscenio y recita el *Intermedio*

INTERMEDIO

EL INTERMEDIO.—

No os extrañéis, de ese amoroso abrazo.
De parte del autor os traigo este mensaje:
que atendáis con paciencia, pues ya se acerca el plazo
en que llegar debemos al término del viaje.

Y en tanto que el buen viejo va a ver a sus amigos
(de sus antiguas horas de delicia testigos)
antes de despedirse de cuánto le fue grato,
¿queréis, señores míos, que charlemos un rato?

UNA VOZ.— (*Desde la platea*). ¡Ya, Ya!... La eterna historia
del discursillo en verso.

EL INTERMEDIO.— (*Sonriendo*). Diga, usted jovencito, ya
que se muestra adverso, ¿no pierde usted sus horas a
menudo?

LA VOZ.— Quizás.

EL INTERMEDIO.—Pues, hijo, a tales horas agregue algunas más.

De la vida plebeya son parte, estas escenas;
gotas de llanto humano, no páginas amenas.
Páginas arrancadas a la vida real,
vistas como tinieblas desde un cénit ideal
¡Helos allí! ¡Miradlos! Hembras, niños, ancianos,
desafiando los mares, hacía mundos lejanos.
¡Miradlos! son los tristes, los sin patria,
empujados hacia un Calvario eterno,
nuevos crucificados!

Pasan como en rebaños, pasan, pasan y pasan.
De hambre y angustias caen,
de fiebre y sed se abrasan.
¿A dónde? Ni siquiera lo saben.
Ellos van a dónde ganar puedan
un mendrugo de pan.
Les despojó el hermano
y —esto es aun más triste—
la patria no fue madre para ellos, ni existe.
Tenían la fe ingenua y el ímpetu sin brida,
tenían el derecho de todos a la vida:
las marmóreas urbes, y a los recios navíos
y a los campos por donde cantan gloria los ríos,
y a la maravillosa gracia de los jardines,
a la riqueza ubérrima, y a los regios festines,

las orgías lúbricas, y al chispear de los vinos
las salas magníficas en donde los divinos
labios de las mujeres brindan amor, y en donde
al ruido de las almas embriagadas, responde
el clamor de vergüenza del haraposo enjambre
de los que luchan sólo para no morir de hambre!...
Y bien; estos placeres, que el amo
aprecia en tanto son fruto de la sangre,
del sudor y del llanto de esos, de los sin patria...

Miradlos, ¡si! se alejan
llorando desolados por todo lo que dejan.
Corre la nave, y ellos contemplan todavía,
fantasmas macilentos, allá en la lejanía
el pedazo de tierra que se hace más pequeño
cada vez, que se esfuma como el vapor de un sueño!

Gimen las hembras, mientras los ojos de los viejos
despiden con sus lágrimas sus últimos reflejos,
y al son de las cadencias de alguna vieja historia,
imágenes queridas escarban su memoria.
Ya él último vestigio de tierra se ha horrado
y con ese vestigio, la patria y el pasado!
Pero la nave avanza, formidable y fatal
y en su vientre, horno extraño, se purifica el mal:
allí hallará su aurora cierto destino oscuro,
del mal de tantas almas saldrá el bien del futuro...

Y pasan, pasan, pasan, y van lejos, muy lejos,
mientras silban las ráfagas entre los aparejos
y lanzan las mareas este grito iracundo:

¡Avante, proletarios! ¡Ciudadanos del mundo!
¡Si os robaron la patria, la de estrechas barreras,
será vuestra la tierra, sin odios ni fronteras!

VOZ.— ¿Negáis, pues a la patria; amor de los amores?

EL INTERMEDIO.—

Ella es la que reniega de sus hijos mejores.
Los humildes trabajan: su trabajo ennoblece
y da orgullo a los otros. Pero (quién lo agradece?
La raza vagabunda, que sólo afanes prueba
busca una nueva vida, quiere una patria nueva,
ya que una fuerza nueva da valor a sus brazos
para asir su cadena y arrojarla en pedazos.
Es la fuerza que crea, que todo lo ha construido,
la gran fuerza social que elevará al caído.
Adiós, viejos soldados, que lleváis los hogares,
¡más allá de los montes, más allá de los mares!
Adiós, hijos de Italia, por el odio expatriados,
¡oh, madres taciturnas oh, niños desgraciados!
¡oh, sangre de la patria que vierten a torrentes
las víctimas que doblan, bajo el hierro, las frentes!

Lleved doquiera el grito de esta sagrada guerra
en nombre del gran pueblo cuya patria es la tierra!

¡Adiós, nómadas parias! Sangre de paz y vida,
la vieja patria es bárbara, es vil y es homicida,
Id, pues, y donde halléis vuestros mismos dolores
Luchad los oprimidos contra los opresores...
La gran familia humana su redención espera.
Espera que se libre la suprema batalla,
y sabe que tendrá, siguiendo tu bandera,
su nueva patria, sólo por ti, ¡*Santa Canalla!*

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA I

Anita sola, luego Arturo

Anita esta metiendo en un saco de viaje algunos vestidos y otros objetos; de cuando en cuando se asoma a la puerta y mira a la calle. Arturo entra, con el aspecto de un hombre abrumado.

ANITA.— *(Volviéndose vivamente)*. ¿Ya estás de vuelta?

ARTURO.— He recorrido todo el pueblo para vender un poco de ropa...

ANITA.— ¿Y la vendiste?...

ARTURO.— Sí, terminé por caer en las manos del tío Caramba, ese usurero que tiene su negocio frente a la botica...

ANITA.— Comprendo... ¿Es ese que confiesa y comulga todos los domingos, no?

ARTURO.— El mismo... Y esto es lo que me ha dado (*muestra el dinero dentro de un pañuelo*) ese ladrón...

ANITA.— Y decir que te has privado de todo...

ARTURO.— De todo... hasta de lo que me dejó mi pobre mamá...

ANITA.— ¿También?...

ARTURO.— Sólo he guardado este recuerdo, y este será para ti. (*Le toma la mano y le pone en un dedo un anillo*). Lo llevó ella desde que se casó hasta que murió...

ANITA.— *(Besa el anillo)*. Será para mí una reliquia sagrada...

ARTURO.— *(Desconsolado, después de una breve pausa)*. Pero este dinero no bastará...

ANITA.— *(Acercándose amorosamente a Arturo)* Oye, Arturo... Si yo insisto tanto para inducirte a venir con nosotros, es porque la dificultad del viaje se salvará en alguna forma... Ahora no podría decirte precisamente cómo, porfío que la abuela no se ha explicado bien... ¡Tú tienes fe en mi, verdad?

ARTURO.— Más que en el evangelio...

ANITA.— Pues bien: yo tengo fe en la abuela... Dejemos que ella arregle las cosas, y verás como todo sale bien.

ARTURO.— Pero... no sé cómo voy a poder embarcarme, habiendo salido en la leva militar... Los del gobierno tratarán de impedirlo y...

ANITA.— ¡Cómo!... ¿Ahora vienes de nuevo a hablarme del gobierno y de la leva?

ARTURO.— No... no... si lo que yo quiero es escaparme...

ANITA.— Veremos el modo, y mientras tanto, confía en mi... pero no digas a nadie en el pueblo que te marchas con nosotros a América... ¡Son todos tan charlatanes, aquí!...

ARTURO.— Diré solamente que te acompañó hasta Génova.

ANITA.— Eso es...

ARTURO.— Pero, tu padre...

ANITA.— ¡Y esas dudas, a qué vienen, Arturo!

ARTURO.— ¡Son los grandes deseos que tengo de seguirte! Y pienso...

ANITA.— No te intranquilies, que el buenote de papá no contrariará ni tiene por qué oponerse a nuestros amores... Y luego, la abuela...

ESCENA II

JUANA.— *(Entra sin ser observada y al ver a los dos, dice jovialmente)*. ¡Hola! ¡hola!..., por fin he sorprendido a los dos tórtolos...

ARTURO.— *(Volviéndose turbado, apenas oye la voz de Juana)*. Hola aquí...

ANITA.— Tanto mejor...

JUANA.— *(Acercándose a Arturo, con fingida cólera)*. ¡Ah!... ¿conque viene usted a buscarla al nido?... ¿quién le ha dado permiso?

ARTURO.— *(Turbado)*. Yo... he venido...

ANITA.— *(Enojada, a la abuela)*. Pero, vamos a ver, abuela ¿por qué me lo trata así?...

JUANA.— Vamos, picarona, ¿no comprendes que hablo así porque me alegra verlos juntos?...

ARTURO.— ¡De veras?...

ANITA.— Abuelita nuestra, los dos tórtolos quieren emprender el vuelo... y hacer un nido del otro lado del mar. Y díganos, ¿qué novedades trae? ¿buenas o malas?...

JUANA.— Déjame al menos respirar... *(Se sienta entre los dos)*. ¡Cómo estás de apurada!... Las nuevas son buenas, pero no estamos más que a la mitad... Don Andrés me ha prometido... y si el diablo no mete la cola...

ANITA.— No la meterá. Nosotros tenemos ya nuestros planes, ¿no es cierto, Arturo? ¡Oh! pero qué aturdida que soy, me olvidaba... *(Toma la mano de Arturo y lo conduce hacia la abuela)*. Ven, ven, no hagas melindres... *(Con monería)*. Abuela, he aquí a mi señor consorte.

ARTURO.— ¿Me permite que la llame... abuela?

JUANA.— ¡Que si te lo permito?... Pero de todo corazón, querido muchacho... *(Anita y Arturo se sientan, cada uno a los dos lados de Juana. Ella les toma las manos a ambos)*. Dime, Arturo, ¡querrás siempre mucho a Anita? ¡Es tan buena! ¡tan buena! *(Enternecida, une las manos de ambos)*. ¡Eso es así! ¡Qué hermosa pareja!... Me pongo loca de contento al pensar que he sido yo la que ha hecho este casorio... Pero, ¡bah!... verdaderamente no he sido yo: fue el amor...

ANITA.— Sí... fue el amor...

JUANA.— Pero cuando todo se haya arreglado, un poquito de mérito me lo llevaré yo... ¿no es cierto?

ANITA y ARTURO.— *(A la vez)*. Sí, abuela...

JUANA.— Pero no debemos perder tiempo, hijos míos... hay que ver lo que se hace... Tú, Arturo, debes ver a don Andrés, que él te informará de nuestro proyecto... Arréglate conforme a lo que te diga...

ARTURO.— Esté segura, abuela, que no olvidaré ninguno de sus consejos. hasta luego, entonces...

ANITA.— *(Acompañándolo hasta la puerta)*. ¡Anda, Arturo, corre... vuelve con la buena nueva!... *(Arturo sale presuroso)*.

ESCENA III

Juana, Anita. Después Jorge

JUANA.— Y nosotras vamos a darle la última mano al equipaje, que tu padre vendrá dentro de poco.

ANITA.— ¿Llevamos al dormitorio los trapos que están en el arcón!

JUANA. ¡No, por caridad!... Sabes bien que tu padre no quiere que metamos ahí la mano (*señalando al arcón*). Ahí están las reliquias de la casa, según dice él...

ANITA.— Es cierto... no había pensado...

JUANA.— (*Abrazando tiernamente a Anita*), ¿Cómo haré para separarme de ti, niña mía?

ANITA.— Entonces, abuela, se quiere quedar...

JUANA.— ¿Y por qué había de partir? (*Amargamente*). Los viejos son como la hiedra, que si se arrancan del muro donde crecieron, se marchitan y mueren... (*Breve silencio*).

ANITA.— Quisiera saber por qué papá tiene tanta prisa en partir...

JUANA.— Pues por la carta de Enrique, que le ha metido esa idea fija en la cabeza

JORGE.— *(Entra presuroso)*. ¿Cómo andamos?

JUANA.— Todo estará pronto listo... partiremos...

ANITA.— Ya, ya lo sabemos, no hay que repetirlo tanto...

JORGE.— Se que me pongo fastidioso, pero...

JUANA.— ¡Basta, hombre, basta!... Anita, vamos al dormitorio a arreglar la ropa...

ANITA.— Voy...

(Mete en un saco algunas prendas de vestir que están esparcidas sobre la mesa, y entra con Juana por la puerta de la derecha.

ESCENA IV

Jorge solo. Después don Andrés

JORGE.— *(Queda un momento pensativo, sumido en profundo dolor; y luego, con resolución repentina, se acerca al arcón, que abre y registra, revolviendo las ropas que están dentro. Toma un saco e introduce en él algunas de las prendas, sacándolas del arcón).* He aquí el uniforme del pobre Carlos, cuando fue herido en Costosa por el plomo austríaco. ¡Pobre mutilado! *(Mete el uniforme en el saco).* Este es el velo de desposada de mi Inés, cuando me casé con ella... sin emplear la farsa ridícula de los juramentos. Me parece verla: pálida, delgada... ¡Pobre mártir del trabajo! *(Metiendo el velo en el saco).* Esto... será para Anita, cuando se case... He aquí el pañuelo tricolor, que Inés se anudó al cuello cuando me hice voluntario... ¡Qué entusiasmo el de aquellos tiempos! *(Dobla el pañuelo con cuidado, cantando el aire de Garibaldi).* *Quando a Milano passai sorgente...* *(De pronto se interrumpe).* No... quédate aquí... *(Lo tira en un rincón).* Fueron promesas mentidas, ¡bah!... *(Toma del arcón una*

camisa roja garibaldina). Esto es (*besando la comisa*) todo lo que me queda del pasado... ¡Pobre compañera de mis días mejores!... ¡de mis días de fiebre... de esperanza! Ven, ven conmigo hasta allá... Serás mi consuelo en la emigración; ¡el último recuerdo de la patria lejana!... ¡perdida! (*Intenta meter la camisa en el saco, pero se detiene de pronto, como presa de infinito dolor*). No, que se quede entre los trapos inútiles... (*Va a tirar la camisa, pero, conmovido, la oprime contra el pecho. Se sienta en una silla, como desmayado*). Yo ya no tengo patria... (*Queda inmóvil, con los brazos cruzados y la cabeza baja*).

DON ANDRÉS.— (*Entra titubeante por la puerta del fondo, deteniéndose cerca de Jorge*). Buen día, Jorge... ¿Me han dicho que deseaba hablarme?

JORGE.— (*Volviéndose de su abstracción*). ¿Es usted?... Me alegro que haya venido...

DON ANDRÉS.— ¿Es cierto que se van?...

JORGE.— Hoy mismo... dentro de pocos minutos...

DON ANDRÉS.— Que el buen Dios los acompañe ahora y siempre...

JORGE.— *(Interrumpiendo bruscamente)*. Deje en paz al buen Dios, se lo ruego, que bien poco se ocupa de la gente pobre... Y tenga la paciencia de escucharme.

DON ANDRÉS.— Escucho.

JORGE.— Acercúese, don Andrés.

DON ANDRÉS.— Y bien...

JORGE.— Se diría que tiene usted cierta desconfianza... es un decir... cierto temor de escucharme... Es cierto que está en casa de un hereje, como usted dice... Pero como mi corazón no lo conoce usted de hoy...

DON ANDRÉS.— Su corazón es bueno... lo sé...

JORGE.— Verá de qué se trata: la América está muy lejos, y como nosotros somos viejos, es casi seguro que no nos veremos más... ¿Por qué habíamos de separarnos... así, disgustados?... ¡Fuimos tan amigos, un día!

DON ANDRÉS.— Siempre lo hemos sido.

JORGE.— No, sea sincero: siempre, no. Yo, vea, lo confieso... Cuando las malas lenguas del pueblo afligían a mi

pobrecita esposa repitiendo las palabras que usted había pronunciado en el altar, reprochándonos por no habernos querido casar por la iglesia... yo, se lo digo francamente, casi llegué a odiarle....

DON ANDRÉS.— Yo, por el contrario, no le he odiado nunca...

JORGE.— Confiéselo, don Andrés; hubo un tiempo en que usted se alegraba de mi infortunio...

DON ANDRÉS.— Escúcheme... Le soy franco y no quiero mentir. Quiero abrirle toda mi alma... Si, reconozco que he sido injusto con usted y con la pobre Inés; pero, créalo; cuando bien se estima, se desea que la persona estimada vaya por el mismo camino que uno sigue en este mundo. Tengo una fe y desearía que todas las personas que me son queridas se abrazaran a ella...

JORGE.— Entonces ¿por qué me atacó de aquel modo?

DON ANDRÉS.— Porque vi dos almas que huían de mi religión; y me irrité, pero por el amor de ustedes. Soy cura, es cierto; pero soy un cura creyente. No hago, como diría usted, el maestro por el maestro... Soy cura, como usted fue soldado; eso es todo. Pocos soldados de mi fe, dirá usted, entienden dignamente el apostolado de la sotana...

JORGE.— Fuera de usted, no conozco otros...

DON ANDRÉS.— De todos modos, la culpa será de los hombres y no de los principios...

JORGE.— De quien sea la culpa, no lo sé; pero el hecho es que existió.

DON ANDRÉS.— *(Con mansedumbre)*. Será como usted piensa... Pero lo que yo quería decirle es otra cosa bien distinta... Amigo suyo de la infancia, me dejé llevar por la pasión reprochándole públicamente el hecho de haber repudiado un rito que para mí es santo, y por el cual fue bendito su nacimiento....

JORGE.— *(Con amarga sonrisa)*. Una bendición, como ve, bastante poco provechosa y que por cierto no me ha garantizado el pan cotidiano...

DON ANDRÉS.— *(Interrumpiéndole)*. No vuelva con las burlas, se lo ruego.

JORGE.— No, no me burlo... nada de eso, Don Andrés, porque usted es un creyente sincero y yo le respeto. Tampoco es usted uno de esos negociantes de almas y conciencias... ¡bien lo sé! No... no es nada de eso... Como hace tantos años que no nos hablamos y bien puede ser que

no nos hablemos más lo que es casi seguro, deje entonces que le pregunte, en nombre de la religión de Cristo que usted predica, si es justo que siendo todos hijos de un mismo padre, en el supuesto caso de que éste existiera, los haraganes lo tengan todo, todo, hasta lo innecesario, y los laboriosos no tengan nada, nada, ni lo más indispensable para vivir...

DON ANDRÉS.— Es triste....

JORGE.— ¿Es este amontonamiento de lobos y corderos que llaman sociedad civil la hermandad que Cristo quería?... ¿Por qué entonces usted, a imitación de Jesús, no ha azotado a tantos ladrones, a tantos mercaderes como profanan el templo de la vida?... ¿Y por qué toma con tanto calor la defensa de los lobos?.... ¿O es que usted se propone tomar su parte en la rapiña?

DON ANDRÉS.— *(Sonriendo amargamente)*. Yo soy pobre, Jorge.

JORGE.— Usted... lo sé ¿pero, acaso por su virtud se van a perdonar las faltas y las culpas de los suyos?

DON ANDRÉS.— ¿Por qué me dice, Jorge, tan amargas palabras?

JORGE.— El corazón me sangra, hoy...

DON ANDRÉS.— Está angustiado... lo veo, lo comprendo; y su dolor me recuerda el dolor de los demás. Hay grandes injusticias sobre la tierra... ¿quién se atrevería a negarlo?... ¿Usted cree, Jorge, que mi corazón no sangra también?... No hay alma generosa que deje de llorar por el dolor de sus semejantes...

JORGE.— ¡Jurar, llorar, siempre llorar! (Con *ironía*).

DON ANDRÉS.— Nuestra religión, amigo mío, consiste en amar a los pobres, a los humildes... Jorge ¿usted no cree más en Dios?....

JORGE— (Con *irritación*). ¡Dios... Dios!... (Con *calor creciente*) óigame bien... no me he consumido de alma y de cuerpo, como una bestia de carga, no he arriesgado la vida por la patria... (Con *amargura*) cuando tenía una patria... He sufrido hambre, frío, sin pedir nada a nadie... Y hoy, cargado de años y de achaques, he tenido que vender el último pedazo de tierra para hacer frente a la miseria... he tenido que decir a mi madre, ¡decrépita como esta la pobre! dejemos nuestra casa, nuestro pueblo y vayamos a morir allá, lejos... del otro lado del mar... He tenido que dirigirme a usted para que tenga la bondad de comprarme este tugurio... por lo que le parezca. Y así entre una vieja y una

jovencita, sin patria y sin techo, cansado, rendido y casi mendigo, me veo obligado a emigrar, como un maldito... ¡Y todavía usted me pregunta si creo en Dios! *(Se abandona sobre una silla, escondiendo la cara entre las manos)*.

DON ANDRÉS.— *(Solemnemente)*. Primero le he hablado en nombre de Dios, cumpliendo así con mi deber de creyente, con mi misión de sacerdote. Ahora, me resta hablarle como hombre de corazón... y cómo amigo.

JORGE.— Bien... prefiero la palabra del amigo a la del cura
Perdóneme....

DON ANDRÉS.— Yo adquiero su casa, pero siempre seguirá siendo suya... acuérdesse bien... Y ahora, tengo que hacerle una propuesta. ¿Usted ha dicho que parte de malas ganas entre una vieja y una jovencita?... Pues bien oiga: ¿qué diría usted si un joven bueno y laborioso, que ama a su hija, partiese en compañía de usted y su vieja mamá encontrase otro hijo en el pueblo, que viviese con ella y que la evitase, así, el sufrimiento de un largo viaje?... se trata, como ve, de una simple sustitución... En lugar de la madre que se quedaría en su pueblo, partiría con usted un hijo cariñoso.... siendo siempre en consecuencia tres a partir.

JORGE.— ¿Será cierto que el deseo que yo no me atrevía a expresar está por convertirse en realidad?...

DON ANDRÉS.— Entonces ¿acepta?...

JORGE.— Dígame primero... ¿quién es ese buen hombre, ese hermano generoso?

DON ANDRÉS.— El amigo de sus primeros años, Jorge... soy yo...

JORGE.— ¡Usted! ¡Usted!... (*Con ternura*). Don, Andrés, no lo tome a mal si se lo repito: ya no creo más en nada. Mas, si pudiera creer en un Dios bueno y piadoso, pensaría que es usted uno de sus ministros en la tierra...

DON ANDRÉS.— (*Con fervor*). ¡Oh!... Dios existe...

JORGE.— Déjeme hablar solo de usted... (*Llora*). Porque... vea: yo no sé que siento aquí, en los ojos; y si no me conociera bastante, casi diría que estoy por llorar, yo, que no he llorado más que dos veces en mi vida: cuando murió mi Inés, y cuando supe que había muerto... Garibaldi. Si, usted es verdaderamente mi hermano.... Era un pensamiento que me atormentaba tener que llevar a mi pobre vieja por el mundo; pero... ¿qué otra cosa podía hacer?... Y ahora usted, como una gracia, la lleva a su lado... Es usted un justo, don Andrés, yo no hubiera nunca pedido a un cura lo que ahora llorando le pido... ¿Me permite?...

DON ANDRÉS.— *(Abriéndole los brazos)*. Jorge, hermano mío... *(Se abrazan y quedan por un momento en esa posición)*.

ESCENA V

Don Andrés, Jorge, Arturo. Después. Anita y Juana

ARTURO. *(Entra y viendo a los dos abrazados se detiene conmovido a pocos pasos de la puerta)*.

JORGE. *(Desprendiéndose lentamente del abrazo)*. Y el novio de mi hija ¿quién es?

DON ANDRÉS.— *(Que ha visto a Arturo)*. Está aquí... muy cerca. *(Señalando a Arturo, que se acerca)*. Es este...

JORGE.— *(Sorprendido)*. ¿Arturo?

DON ANDRÉS.— *(A Arturo)*. Te había casi asegurado que todo saldría bien. Y ya ves, he cumplido mi promesa.

Anita y Juana aparecen por la puerta de la derecha

DON ANDRÉS.— ¿Aceptas por hijo tuyo a este joven? Sin padre ni madre...

JORGE.— *(Extendiendo la mano a Arturo)*. Desde ahora eres mi hijo...

ANITA.— *(Corriendo hacia su padre y abrazándolo)*. ¡Oh! papá, ¡que feliz soy!

JUANA.— *(Tomando de la mano a Arturo y conduciéndolo frente a Jorge)*. ¡Ah! ¿tú no crees en Dios? Pues bien, él te castiga deparándote un hijo joven en compensación de una madre vieja, que se siente contenta al quedarse... para morir en su tierra...

JORGE.— (*Atrayendo hacia si a Anita y Arturo*). Anita has tenido la suerte de hacer una buena elección, pues, ningún joven podría ser el compañero de tu vida mejor que Arturo.

ARTURO.— (*Confuso*). Es usted muy bueno...

JORGE.— Arturo, yo fui muy amigo de tu padre... Era todo un hombre... Se afanaba en el trabajo desde por la mañana hasta la noche, y puedo asegurarte que no conoció nunca la fatiga.

ARTURO.— Lo hacía por el bien de Ja familia, el pobre...

JORGE.— ¿Y qué te dejó?

ARTURO.— Mis brazos solamente, papá Jorge.

JORGE.— (*Con calor*). ¡Siempre es así!... Todos los casos son iguales... Y piensa bien lo que haces, porque los tuyos serán los esponsales de la pobreza con la miseria...

ANITA.— Pero, papá ¿acaso porque somos pobres no tenemos el derecho de querernos?

ARTURO.— Yo trabajaré tanto, tanto... allá en América, por Anita y por usted....

JORGE.— ¿Te hallas pronto para partir?

ARTURO.— ¿Y usted, mamá, que ha decidido hacer?

JUANA.— ¿Cuántas veces he de decirlo?... Yo me quedo.

JORGE.— No se quedará sola... ¿Y a ti, Arturo, no te tocó la leva este año?...

ARTURO.— Sí, me tocó... pero ya parto lo mismo.

JORGE.— En otro tiempo hubiera tratado de convencerte de lo contrario hablándote de la patria, de los deberes del ciudadano; pero hoy... hoy te digo... haz lo que quieras. Ten presente, además que no se deben tener deberes donde no se tienen derechos.

ARTURO.— Ya lo he pensado... (*Mirando a Anita*). Hay quien me ha hecho pensar en todas estas cosas, y ahora estoy decidido... ¡Usted me acepta en su compañía, papá Jorge?

JORGE.— Sí, hijo mío, te acepto.

ESCENA ÚLTIMA

Pepito, Antonio y los anteriores

PEPITO.— *(Entra bruscamente en compañía de Antonio)*
¡Hola! *(Rudamente)* ¿Qué, todavía no están listos?... Hace un buen rato que espero.

ANDRÉS.— Nadie nos había advertido...

ANTONIO.— La culpa es mía... ¡pero, qué voy a hacer! En la calle todos me han asediado a preguntas, queriendo saber quién se va y quién se queda. Uff...

JORGE.— Bueno, vamos, vamos... *(Acaloradamente)*.
¡Muévanse!... Parece que todos estuviéramos sujetos a esta tierra de Italia, y que no podemos despegarnos. Antonio, por favor, ayúdanos a llevar la ropa al carro.

ANTONIO.— En seguida.

Antonia, Anita, y Arturo ayudan confusamente al carrero, transportando el equipaje. Don Andrés, pensativo, estará sentado, y, mientras, Juana, a su lado, mira con aflicción los preparativos de la partida.

JORGE.— *(Mientras transportan el equipaje se pasea agitado, hablando con treguas, como presa de una gran excitación nerviosa).* Y ahora... ahora hay que partir para la América, la tierra prometida... ¡A emigrar!... Y está bien, está bien que la canalla emigre... *(Con amarga ironía).* Y que la gente de bien se quede, la misma que en los momentos de peligro no sale de su casa... ¡Pagaría por saber el por qué del malestar que se siente al despegarse uno del lugar donde se ha sufrido tanto!...

DON ANDRÉS.— *(Solemnemente).* Porque los recuerdos del dolor son más hondos que los del placer...

JORGE.— *(Como meditando).* ¡Si me lo hubieran dicho en aquellos tiempos en que nuestro Garibaldi, bueno y terrible, espantaba a los enemigos de la causa!... ¡Si me hubieran dicho que algún día no tendría yo un sitio en la patria!... *(Como irritado por esta palabra).* ¡La patria!... ¡Por qué he pronunciado esta palabra?...

DON ANDRÉS.— Jorge, ¡tenga por seguro que no vacilarían su fe y su coraje si pensara que la patria del hombre es el cielo!...

JORGE.— *(Se violenta, conteniéndose inmediatamente)*. Si no fuera usted quien me habla, tomaría lo dicho por una burla...

DON ANDRÉS.— Si niega la patria celeste, en la que tampoco cree, respóndame: ¡La patria grande y buena de todos los hombres no es acaso la Tierra entera?

JORGE.— Si, la Tierra entera... cuando pertenezca a todos ¿entiende?, cuando pertenezca a todos los hombres...

DON ANDRÉS.— *(Pensativo)*. Todo lo que existe, desde el pan al sol, debiera ser patrimonio común de todos: ese sería el ideal...

JORGE.— *(Con fervor)*. Sí, el verdadero, el santo ideal, una sola patria el mundo: una sola familia, la humanidad...

ANITA *(Que junto con Arturo y Antonio ha terminado de cargar el equipaje en el carro, se acerca a Jorge)*. Papá, todo está listo.

PEPITO.— *(Aparece en la puerta del fondo con la fusta en la mano)*. ¿Y cuando nos ponemos en marcha, eh?...

JUANA.— *(Toma el brazo de Jorge)*. Jorge, hijo mío, adiós... adiós... acaso para siempre...

JORGE.— *(Besándola)*. Adiós, mamá... adiós... *(Anita y Arturo estrechan la mano a don Andrés)*.

ANITA.— *(A don Andrés)*. Don Andrés, cuide de la abuela...

ARTURO.— Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros.

DON ANDRÉS.— *(Conmovido)*. Sed muy felices, hijos míos...

JUANA.— *(Despidiéndose del abrazo de Jorge, llama hacia si a Anita)*. Ven, ven pequeña mía... y bésame, bésame fuerte... *(La besa)*. Acaso estos besos son los últimos que te doy, los últimos que me das, nieta querida... pero te acordarás allá lejos ¿no es cierto?... Acuérdate de tu querida abuela, que tanto te ha querido ¿Te acordarás?... *(Con ternura)*. Cuando vengas algún día a tu pueblo elegante y rica, yo no existiré más... Pero tú vendrás a visitarme, a llevarme flores al campo santo... ¿No es cierto?... al campo santo, pequeño y quieto, que está a orillas del mar...

ANITA—(*Llorando*). ¿Por qué dice esas cosas, abuelita?...

JUANA.— (*Besándola en la frente*). Y tú, Arturo, ¿harás feliz... amarás mucho a nuestra Anita?... ¿Lo prometes?

ARTURO.— (*Con efusión*). Se lo juro, abuelita.

DON ANDRÉS.— (*Se levanta y abraza a Jorge*). Tenga valor, amigo mío...

JORGE. (*Abrazándolo*). Adiós, hermano... permítame darle este nombre... (*Sollozando*). Debería tener el corazón seco de lágrimas. (*Se aleja acompañado de don Andrés, pero de pronto se detiene como oprimido por una intensa evocación*). ¡Qué ironía!... En este momento me suenan aquí... en el oído... las extrañas palabras del himno de Garibaldi: *Le case d'Italia son fatte per noi* (*Con, amarga sonrisa*). Para nosotros, ¡bah! (*Con voz sofocada*). Nosotros somos extranjeros en todas las patrias!... ¡somos los rechazados!... ¡somos los bastardos!... (*Con un esfuerzo violento y llevándose a Anita y Arturo*). Fuera... ¡fuera de Italia!...

Al fondo Jorge, Anita y Arturo saludan por última vez; don Andrés y Juana lloran silenciosamente.

TELON



ACERCA DEL AUTOR

El 14 de agosto de 1865 nace en Messina (Sicilia, Italia) el abogado y propagandista anarquista Pietro Gori. De padres toscanos, en 1878 la familia se trasladó a Livorno, donde, de muy jovencito, se une a una asociación monárquica de la que

es expulsado por "conducta indigna"; después colaboró en *La Riforma*, periódico moderado.

En 1886 se inscribe en la Universidad de Pisa y pronto toma contacto con el movimiento anarquista pisano, del que llegará a ser una de las figuras más influyentes.

En 1887 fue detenido por un artículo escrito en memoria de los Mártires de Chicago y por haber denunciado la presencia de barcos estadounidenses en el puerto de Livorno.

En 1888, como secretario de la asociación de estudiantes, organizó la conmemoración del 340 aniversario del nacimiento del filósofo Giordano Bruno.

En 1889 se licenció en Derecho con la tesis: *La Miseria e il Delitto*, dirigida por el prestigioso jurista Francesco Carrara. En noviembre de ese año publicó, bajo el seudónimo Rigo (anagrama de su apellido) un primer opúsculo *Pensieri barreño*, que contiene textos de sus primeras conferencias; esta publicación implicó su detención por «instigación al odio de clase», acusación de la que saldrá absuelto gracias al nutrido grupo de abogados, compañeros y profesores de la universidad, que asumió la defensa.

El 13 de mayo de 1890 fue nuevamente detenido como organizador de la manifestación del Primero de Mayo en Livorno; juzgado, fue condenado a un año de prisión, pena que se redujo después de la apelación, pero permanecerá encarcelado, primero en Livorno y luego en Lucca, hasta el 10 de noviembre de 1890. Instalado en Milán, ejerció de abogado con Filippo Turati.

En enero de 1891 apoyó las tesis de Errico Malatesta en la Conferencia de Capolago, donde se decidió la fundación del Partido Socialista Anárquico Revolucionario. En ese mismo año, participó en Milán en el Congreso del Partido Obrero Italiano y tradujo para la Biblioteca Popular Socialista *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels. A finales de 1891 empezó a publicar *El Amigo del Popolo*, un periódico que se autodefinía como «socialista anárquico» y del que sacó 27 números, todos secuestrados, y que le llevaron detenciones y procesos.

El 4 de abril de 1892, en una conferencia sobre «Socialismo legalista y socialismo anárquico» celebrada en Milán, explicó las posturas anarquistas fuertemente criticadas por el socialismo reformista al que considera autoritario y parlamentarista. El 14 de agosto de 1892, en el Congreso Nacional de las Organizaciones Obreras y Socialistas celebrado en Génova, despuntó como el mayor opositor de la mayoría reformista que decidió crear el Partido de los Trabajadores Italianos, que luego pasará a ser el Partido

Socialista Italiano. Bien conocido por la policía, cuando llegaba el Primero de Mayo era sistemáticamente detenido preventivamente. En uno de estos arrestos, escribió en la cárcel de San Vittore el texto de una de las canciones más famosas: *Inno del Primo Maggio*. Su obra poética *Alla conquista dell'Avvenire* y *Prigioni e Battaglie*, publicadas meses después, se agotaron rápidamente pese a que la tirada fue de 9.000 copias.

Su actividad como abogado en defensa de los compañeros anarquistas y como conferenciante se desarrolló sin tregua. En agosto de 1893 participó en el Congreso Socialista de Zúrich, del que fue expulsado, y fundó la revista *La Lotta Sociale*, que tuvo una breve vida debido a las continuas intervenciones de las autoridades.

Tras la aprobación por parte del gobierno de Francesco Crispi de las tres leyes antianarquistas en julio de 1894, fue acusado por la prensa burguesa de ser el instigador del asesinato del presidente francés Sadi Carnot porque había defendido en un proceso a Milán y había mantenido correspondencia con su asesino, Sante Caserio.

Para evitar una condena de cinco años de prisión, huyó a Lugano (Suiza). En enero de 1895 fue detenido, junto con otros 17 políticos italianos, y, tras dos semanas encarcelado, fueron expulsados de Suiza. En esta ocasión compuso la letra

de la que será su canción anarquista más famosa: *Addio a Lugano*. Después de pasar por Alemania y Bélgica, se instaló en Londres, donde conoció los principales exponentes del anarquismo mundial. Tras su breve periodo inglés, viajó a Nueva York donde comenzó una amplia gira de conferencias –más de 400 en un año– por Estados Unidos y por Canadá. Durante esta época colaboró en la revista *La questione Sociale*.

Durante el verano de 1896 regresó a Londres para participar como delegado de las asociaciones obreras estadounidenses en el segundo Congreso de Internacional Socialista, pero cayó gravemente enfermo y fue ingresado en el National Hospital de Londres. Gracias al apoyo de varios parlamentarios, el gobierno italiano aceptó su regreso al país, pero obligado a residir en principio en la Isla de Elba. En Italia reanudó los contactos con el movimiento anarquista y a su actividad como abogado en defender los compañeros libertarios y en la colaboración en periódicos anarquistas, como *Agitazione*, de Ancona.

El aumento del precio del pan, en 1898, provocó un alud de protestas en toda Italia, frente a los que el gobierno respondió con dureza. El 7 de mayo de 1898 en Milán, el general Fiorenzo Bava–Beccari, ordenó al Ejército disparar contra la masa, asesinando entre 80 y 300 personas –el número de muertos varía según la fuente. La represión contra los partidos de izquierda y los sindicatos también fue

bastante dura. Gori tuvo que exiliarse de nuevo para evitar una condena de 12 años de prisión. Desde Marsella embarcó hacia Argentina, donde se hizo conocer por sus actividades política y científica, además de promover sindicatos – participó en 1901 en el congreso constitutivo de la Federación Obrera Argentina (FOA), que dará nacimiento en 1904 en la Federación Obrera Regional Argentina (FORA)–, impartió cursos de criminología en la Universidad de Buenos Aires y fundó la revista *Criminología Moderna*.

En 1902, por problemas familiares y de salud y gracias a una amnistía, pudo regresar a Italia. En 1903, junto con Luigi Fabbri, fundó en Roma la revista *Il Pensiero*. Salvo un viaje a Egipto y Palestina en 1904, el resto de su vida la pasó en Italia, ocupado en sus actividades habituales: activista libertario, escritor y abogado defensor de los compañeros detenidos. Es autor de una gran producción literaria, que va desde obras de jurisprudencia y de criminología, a obras anarquistas, pasando por el teatro y la poesía, sin olvidar la edición de sus famosas conferencias y canciones. Pietro Gori murió el 8 de enero de 1911 en Portoferraio (Isla de Elba, Italia) y está enterrado en el cementerio de Rosignano Marittimo (Livorno, Italia). La plaza principal de Portoferraio, donde se encuentra el ayuntamiento de la localidad, lleva su nombre.

Extraído de la web de CNT, Puerto Real